

Luis González y González

De oficio historiador



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

◆ COLECCIÓN ◆
FERNANDO CARLOS
VEVIA ROMERO

◆ COLECCIÓN ◆
FERNANDO CARLOS
VEVIA ROMERO

Luis González y González

De oficio historiador



Universidad
de Guadalajara





Miguel Ángel Navarro Navarro
Rectoría General

Carmen Enedina Rodríguez Armenta
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



**Programa Universitario
de Fomento a la Lectura**

Primera edición electrónica, 2018

Director de la colección
Fernando Carlos Vevia Romero

Coordinador de la colección
Alfredo Tomás Ortega Ojeda

Autor
Luis González y González

Prólogo
Martín González de la Vara

D.R. © 2018, Universidad de Guadalajara



**EDITORIAL
UNIVERSITARIA**

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Octubre de 2018

ISBN 978-607-547-267-6



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Hecho en México
Made in Mexico

Estimado universitario:

La lectura es una actividad esencial para la transformación de los seres humanos; constituye la base del aprendizaje, la comunicación, la imaginación y la inteligencia, determinantes para el desarrollo intelectual y emocional.

Leer nos permite conocer nuestro mundo, enriquecer nuestro espíritu y recrear nuestras experiencias. Leer nos constituye como individuos libres, capaces de ejercer nuestros derechos y cumplir con nuestras obligaciones. Leer nos ayuda a resolver problemas. Leer es pensar.

Leer es descubrir otros mundos, universos desconocidos que abren nuevas puertas; leer es conocer las experiencias, las emociones y los pensamientos de otras personas. Leer es un privilegio.

Prácticamente todos los niveles escolares y todas las ocupaciones laborales requieren de habilidades lectoras. Ser un lector funcional demanda comprender los documentos y las leyes que regulan nuestro comportamiento en sociedad. La lectura propicia la formación de ciudadanos informados, críticos e independientes y los convierte en agentes de cambio.

El Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar de la Universidad de Guadalajara

tiene el propósito de poner a disposición de niños y jóvenes de distintos niveles educativos, dentro y fuera de las instalaciones universitarias, obras que motiven su entusiasmo por la lectura y promuevan el desarrollo de su competencia lectora.

Letras para Volar es el resultado del trabajo y la generosidad de un gran equipo de académicos, autores e ilustradores. Va para ellos nuestro agradecimiento por esta contribución.

Miguel Ángel Navarro Navarro
Rector General

Índice

9	Introducción
11	Minuta de un viaje redondo
11	Crianza católica, ranchera y fácil
15	Educación en los cuarteles de dos ejércitos enemigos
23	La gran aventura en El Colegio de México
26	En el taller de don Daniel
30	Historia de la historia universal de San José
34	El regreso al patriotismo
38	El Colegio de Michoacán y otras recaídas en el matriotismo
43	El regreso a la patria
52	De la múltiple utilización de la historia
54	¿Acaso es inservible la historia anticuaria?
58	¿Es liberadora la historia crítica?
62	La historia de bronce
64	La utilidad de la historia científica
74	La Revolución Cristera (1925-1932)
85	El levantamiento
96	De Tizapán en Adelante
114	San José de Gracia vuelve a levantar cabeza

Prólogo

MARTÍN GONZÁLEZ DE LA VARA

Luis González y González fue uno de los historiadores más influyentes en nuestro país en la segunda mitad del siglo xx. Su obra cumbre, *Pueblo en vilo*, inició una revolución de los estudios históricos que llevaría a la formación de una sólida tradición de estudios históricos regionales y microhistorias que distinguen a la historia hecha en nuestro país. Los “hijos de González” son hoy en día numerosos y han tenido y tienen reconocimiento de otros historiadores alrededor del mundo.

Uno de sus grandes méritos fue que logró esta renovación de la historia mexicana al escribir de forma muy amena, sencilla, pero sin perder la profundidad y el rigor que caracterizan a la disciplina. Cultivó varios aspectos de la historia; su teoría y método, en análisis historiográfico, la historia social de México en los siglos xix y xx, la historia política de la Revolución mexicana, la historia de las ideas, la historia regional y la microhistoria y la historia de la alimentación.

En esta antología preparada por Carmen Villoro, se incluyen tres de sus textos más trascendentes y a través de los cuales se nos revela su oficio de historiador. El primero de ellos es una “egohistoria”, una autobiografía intelectual mínima en la que Luis González nos muestra su lado más

humano. En este texto, él mismo nos narra buena parte de su vida con una combinación de buen humor y mucha añoranza. Nos lleva de la mano desde su niñez en San José de Gracia hasta su adolescencia y temprana juventud en Guadalajara. Nos cuenta cómo se inició en el estudio de la historia y cómo se gestaron sus principales proyectos académicos que definirían su obra sin dejarse llevar por el autoelogio. Este trabajo, escrito en 1987, es uno de los más personales del historiador donde podemos atisbar muchos de los momentos de su vida más íntimos y entrañables.

El segundo texto “De la múltiple utilización de la Historia” fue escrito en 1998 como un capítulo del libro *Historia ¿para qué?*, coordinado por Carlos Pereyra. En él varios historiadores e intelectuales disertaron sobre la utilidad de la historia. Luis González aprovechó la oportunidad de contestar esa pregunta mostrando cómo se ha usado la disciplina para distintos fines: crear una conciencia nacional, emitir valores éticos, explicar el pasado, cambiar el futuro o simplemente para la recreación. En unas cuantas páginas, el autor resume una gran cantidad de lecturas teóricas y expone de manera sencilla y original muchas de las ideas que se debatían entonces, acerca de la teoría de la historia.

El tercer texto incluido es parte de su obra *Pueblo en vilo*, publicada en su primera edición en 1968, que trata de la rebelión cristera en San José de Gracia entre 1926 y 1929. Este episodio fue definitivo en la vida del pueblo y de sus habitantes al grado que es, casi seguramente, el momento de la historia que mejor los define como una

comunidad. En estas páginas se recoge el testimonio de decenas de antiguos cristeros que había sido acallado en la historiografía oficial mexicana. A pesar de la cercanía con muchos de ellos, Luis González tampoco se deja llevar por la simpatía y el amor a su pueblo y no presenta una versión cristera de los hechos. Ni son los rebeldes ignorantes que nos dice la propaganda oficial ni los héroes casi santos que nos muestra la literatura cristera. En estas páginas aparecen retratados los rebeldes cristeros muy reales: con sus vagos pero firmes ideales religiosos, cuando obtuvieron sus “modestos triunfos sobre el gobierno”, mostrando sus grandes limitaciones militares y hasta cometiendo trope-lías en contra de la población civil. Es un recuento realmente único de este episodio de la historia regional que es también una lucha épica para los habitantes josefinos.

Está, pues, en sus manos una breve, pero representativa selección de la obra multifacética de Luis González y González, que es una invitación para adentrarse en la vida y el pensamiento de este singular e influyente historiador mexicano.

Minuta de un viaje redondo

Crianza católica, ranchera y fácil

La línea inicial de mi egohistoria la he escrito muchas veces en multitud de documentos oficiales. Fecha de nacimiento: 11 de octubre de 1925. Lugar de origen: San José de Gracia, Michoacán. Nací en la víspera de un día asociado al nombre del ilustre navegante que hoy maldicen los antropólogos que se autonombren indigenistas. Ese año de 1925 fue muy llovedor. Después he venido a saber que entonces Bernard Shaw recibe el premio Nobel; Kafka publica *El proceso*, Ortega y Gasset *La deshumanización del arte* y Hitler, *Mi lucha*; Millikan descubre los rayos cósmicos, y Leon Trotsky pierde el poder.

Pero ni esos sucesos ni los nacionales del sexto cumpleaños de la metrópoli mexicana y la fundación del Banco de México afectaron en lo más mínimo mis primeras manifestaciones de vida en un pueblo alto, minúsculo, ganadero y creyente que sólo se unía a la República Mexicana por su lengua, su religión y su odio al gobierno comecuras. Mientras mis padres me enseñaban la sede de la Divinidad y yo, con un simple movimiento de mano en cualquier dirección, la señalaba acertadamente porque Dios acostumbra estar en todas

partes, don Plutarco quería no sé qué cosas opuestas a la tradición mexicana.

Me tocó una crianza menos apacible que la pueblerina tradicional. A los veinte meses de nacido sufrió la familia uno de sus destierros. Los jóvenes de San José, junto con los de otras congregaciones, se levantaron en armas para ir a partirle el hocico al gobierno comecuras. Éste respondió con la orden de expulsar a ancianos, mujeres y niños que seguían viviendo en San José. Se le concedió a todo mundo un día entero para que abandonaran sus casas y pertenencias. En seguida el caserío fue entregado a las llamas. Mis padres, conmigo, anduvieron errantes por tres años en Guadalajara, azorados, sin empleo y sin beneficio. En 1930 se les permitió volver al montón de escombros a que había quedado reducido el pueblo.

De vuelta en San José, mi crianza siguió adelante. Contribuyeron a imbuirme la costumbre local mis padres, tres abuelos, el padrino Federico a quien se le autorizó el regreso al terruño en 1937, la señorita Josefina Barragán, que al no aceptar ser maestra de la escuela socialista se transformó en profesora privada, y las catequistas que domingo a domingo nos obligaron a los niños de entonces a saber de memoria, sin permitir el más leve cambio, el catecismo del padre Ripalda. De hecho, toda la población adulta fue mi preceptora, incluso Olivia González, estupenda cuentista que un día, cuando le dio por escalar paredes, hubo que internar en el manicomio de Zapopan.

Durante la crianza se aprendían muchos saberes: la lengua, los rudimentos de la gramática, las cuatro operaciones aritméticas, la escritura, las reglas de la buena educación, las tradiciones familiares, los rezos para cada día y los principios básicos del cristianismo. La crianza era la transmisión de la sabiduría de los viejos y de la Iglesia. Se ejercitaba de distinta manera según el sexo. Se proponía hacer a las niñas muy mujercitas y a los varones muy hombrecitos. Obligaba a las criaturas del sexo débil a coser y remendar, a mantener limpias la casa y la ropa, a las labores de la cocina y a los menesteres del templo. Los niños, además de no decir nunca mentiras, debían saber andar a caballo, contribuir en los diversos quehaceres de la ordeña, alzar las matas de maíz abatidas por el arado en escarda y asegrunda. Yo nunca fui acólito ni alizador, sí jinete en caballo, mula, burro y becerro. Nunca me atreví a enfrentarme a un toro con capote en mano; nunca me sentí necesitado de ejercer la caza ni otras diversiones rancheras. Nunca, por otra parte, entré en conflicto con quienes me impartían la crianza, quizá por haber sido criado a las buenas, sin golpes ni amenazas.

La mayoría de los padres eran partidarios de la mano dura. Estaban seguros de que el buen comportamiento sólo entra con sangre. Si alguien no cumplía al pie de la letra con las órdenes de un jefe de familia de la especie dura, recibía en su trasero una buena dosis de latigazos, ya con vara de membrillo, ya con chicota. La

criatura que se dormía en el templo, o exhalaba aires ruidosos o platicaba en vez de rezar era objeto del pellizco bien retorcido de una mujer o del sonoro coscorrón de un hombre. Las madres creyentes en la crianza a fuerza de pellizcos y encierros o mediante la amenaza de que se lo dirían al papá golpista o de que Satanás los refundiría en los más apretados infiernos; las madres castigadoras eran más frecuentes que las dulces.

Mi crianza en todo momento fue apacible. Rara vez vi una cara ceñuda en mis papás, en María Álvarez, en mi padrino. Jamás recibí azotes, coscorriones, pellizcos o palabras mal sonantes. Quizá por ser hijo único crecí muy mimado, siempre en el afecto de los míos, que no muy feliz. Ninguno de los niños rancheros de entonces escapamos al miedo a las ánimas del purgatorio que tenían la costumbre de volver a visitar a los vivos; al temor de ser atrapados por el demonio; a las historias macabras; al azoro de toparse con malhechores empistolados. Veíamos con azoro los cadáveres de los muertos a balazos que frecuentemente se exhibían en el portal norte de la plaza. Grandes y chicos velábamos con cara de pesadumbre los cadáveres de abuelos, tíos, padrinos y otros parientes. En San José había muchas razones para sufrir: frío, miseria, robos, asesinatos, desaparición de animales, muertes violentas, usureros, plagas, sequías, y peleas que las más de las veces terminaban mal.

Educación en los cuarteles de dos ejércitos enemigos

En 1938 sufrí, sin pena, el segundo destierro. Mi padre, con sacrificio, compró en cincuenta pesos un diploma de escuela oficial que certificaba que su hijo había cursado la primaria en una escuela de Nayarit. Aunque los padres jesuitas se dieron cuenta del fraude fui aceptado en el Instituto de Ciencias de Guadalajara en calidad de condicional. El edificio del Instituto de Ciencias era una mansión de ricos, en la calle de Tolsá 274, que acababa de remodelar para escuela el arquitecto Díaz Morales. En aquel caserón abundan los alumnos de buenas familias que se reían de las torpezas de los pocos que éramos rancheros y de los poquísimos procedentes de los barrios pobres de Guadalajara. Los enseñantes, también de la élite social, ejercitados en la caridad cristiana, casi todos sacerdotes o en víspera de serlo, eran cordiales y exigentes con todos los alumnos, sin distinciones. El rector don Jesús Martínez Aguirre no tenía un pelo de tonto ni de ninguna otra especie. Su calvicie y su rigidez eran totales. En el cuerpo de profesores nunca faltaba el profesor medio loco o medio tonto, pero sobresalían los buenos. El padre Herrera, quien aseguraba que yo podría convertirme en el Pasteur mexicano, me parecía un químico excepcional. El padre Heriberto Navarrete, ingeniero de profesión y antiguo secretario del general Enrique Gorostieta, el jefe de la

Cristiada, enseñaba geometría, lo mismo que el famoso padre Fermín Chanal. Los padres Amozorrutia y Ruiz tenían a su cargo la biología. Los presacerdotes Arce, Meza, Elizalde, Verón, Tamariz no por cortos de edad eran menos expertos. Para mí el as fue “Hilachitas”, el sacerdote que impartía las clases de historia universal y de México con tanto apego a fechas y nombres que lograba hacer dormir a los oyentes.

En el Instituto de Ciencias de Guadalajara, donde fui un estudiante machetero a lo largo de un lustro, metí en mi esponja muchísimos saberes matemáticos, gramaticales, biológicos, éticos y, principalmente, narraciones históricas. Era negado para el dibujo de imitación y la música, pero nunca se me ocurrió ser un artista de vanguardia. Aunque quería saberlo casi todo, siempre tuve predilección por las doctrinas filosóficas, los relatos históricos y la literatura. Al curso de historia de la filosofía le agregué la lectura bien vista por el Profesor del *El Criterio*, de Balmes, y la prohibida de las obras de Ortega y Gasset y de Miguel de Unamuno. Estuve lejos de ser el alumno estrella del famoso profesor Hernández Chávez. En cambio, hice buenas migas con don José Bravo Ugarte y don José Ramírez Flores. Los dos me alentaron en la lectura indiscriminada de libros de historia. Lo mismo podría decir del padre Ortiz de Montellano que me llevó a la lectura de *La Celestina*, *El Quijote* y otros libros clásicos del español. Por él, leí algunos autores modernos: Octavio Paz y otros.

Como tenía una memoria que se le pegaba todo lo visto y era un lector insaciable, aprendí de punta a punta los libros de texto y algunos más que me prestaba don José Ramírez Flores, dueño de una biblioteca abierta a todos sus alumnos. En aquellos años, aparte de oír a los profesores, leer libros y redactar un diario hacía pocas cosas. Los domingos, en la mañana, asistía a misa, y por la tarde contemplaba a las muchachas paseantes en el parque de la Revolución. No practicaba los deportes ofrecidos por el instituto, pero sí fui alguna vez a los ejercicios espirituales que se hacían en una casa de campo, en Jocotepec, a orillas del lago de Chapala. De aquellos ejercicios retuve una actitud hostil hacia los enemigos del alma (el mundo, el demonio y la carne) y un temor respetuoso frente a las postrimerías del hombre: la muerte, el infierno y la gloria.

Uno de los puntos centrales de la educación religiosa de los jesuitas era el tratado de las virtudes. Aquella enseñanza nunca se detuvo en el elogio de las virtudes morales e intelectuales catalogadas por Aristóteles. De hecho, insistía, principalmente, en las virtudes de orden teológico: la fe, la esperanza y la caridad. Y de las tres virtudes teologales ninguna fue tan encumbrada como la caridad. No recuerdo que haya habido prácticas colectivas para asegurar la adquisición de las otras virtudes, pero sí se practicaban ejercicios caritativos. Los principales eran las visitas a hospitales y cárceles. Se formaban grupos para visitar los fines de semana en-

fermos de los sanatorios públicos y a los reclusos en la cárcel. Con las dos acciones se procuraba llevar calor de amigo a pobres, enfermos y aislados, y hasta donde se podía, ayudarlos a salir de la pobreza y de la enfermedad o hacerlos libres.

Los padres del Instituto de Ciencias de Guadalajara eran acérrimos enemigos de los siete pecados capitales. En el vicio infantil de la envidia, que ya se daba poco en sus alumnos, insistían poco. De la avaricia que veían muy distante de la vida juvenil, ni se ocupaban. Como remedio para los arranques de iracundia proponían el ponerse guantes y propinar golpes. La pereza la fustigaban con calificaciones oprobiosas o expulsión del Instituto. La gula era tenida como rey de burlas, pero la lujuria y el orgullo eran sus plumas de vomitar. Por ser sacerdotes que hacían cuatro votos, entre ellos el de castidad, reprobaban todos los ejercicios sexuales. A los placeres del sexo se atribuían muchos deterioros del bulto y de la mente. A un muchacho lo expulsaron por haber ido a calentarse con las gordas que se despojaban lentamente de sus vestidos en el Teatro Obrero del rumbo de San Juan de Dios. De hecho, la afluencia al espectáculo de las encueratrices era común y corriente en la mayoría del alumnado, pero muchos no tuvimos la mala suerte de un chismoso que nos denunciara.

Concluido el bachillerato, hubo una cena de despedida en la que corrieron en abundancia los alcoholes y en la que el padre rector nos dijo que ya íbamos a

librarnos de él y sus malos modos, pero no del sello que acostumbraba imprimir la Compañía de Jesús en los alumnos de sus escuelas. Al parecer, no le molestaba la posible herejía de un buen número de egresados. Con frecuencia, sus exalumnos se convertían al club de Voltaire. A él le preocupaban más los prófugos del lema del Instituto, del *Viriliter Age*, el caer en la molicie y el acabar mirándose al ombligo. Nos insistió en la importancia de la virtud de la caridad y nos bendijo. Del Instituto pasamos al único centro universitario que admitía gente educada por los jesuitas: la Universidad Autónoma, el cuartel de los “tecos”, de los militantes de derecha.

Estudia el primer año de leyes cuando obtuve en un sorteo la bolita de “agraciado”, lo que significaba que pasaría doce meses en un cuartel de a de veras. En un tren de carga, algunos centenares de jóvenes de dieciocho abriles fuimos llevados a la Ciudad de México. La mudanza duró cinco o seis días. El tren hizo paradas muchas veces y hubo tiempo para que diez o doce muchachos, de los que cohabitaron con prostitutas de estación, adquirieran la enfermedad que los exentó del servicio obligatorio. Los demás, según nuestro nivel educativo, se nos puso en los cuarteles de artillería, infantería, transmisiones o zapadores. Tuve la fortuna de convertirme sucesivamente en soldado, cabo y sargento artillero. Soporté con resignación la disciplina militar; aprendí nociones del arte de desmadejar prójimos

con rifles y obuses; comprendí el modo bélico de ser patriota; me expliqué el furor patriótico que ha producido canastadas de héroes y mártires y uno que otro humanista y sabio. Di en querer que en un futuro próximo Dios le dejara de dar a México soldados; que la ofrenda mostrada con orgullo por el himno nacional se sustituyera radicalmente; que después de tanto abuso de la espada viniera el uso de la pluma; que en vez de la costumbre de usar las muelles para resolver discordias, sólo se usaran las leyes liberales.

Las leyes me retomaron al regresar a Guadalajara. Después de un año de insistencia en la bondad de las armas, le tomé sabor al curso de derecho civil dado por el generoso don Lorenzo Martínez Negrete. Fui buen estudiante de Derecho que no un amigo del grupo dirigente de la Universidad, de un grupúsculo que por miedo al socialismo se había vuelto fascista. Cometí, junto con otros aspirantes a la abogacía, el querer algo distinto a los deseos de la dirigencia. Por ningún otro motivo se nos cerró el acceso a la Universidad. Con la ayuda de don José Ramírez Flores y del padre jesuita Luis Medina Ascencio pude seguir por un camino de excelencia.

La gran aventura en El Colegio de México

En 1940, cuando fui admitido al Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, éste ofrecía para un corto número de estudiantes dos carreras inexistentes en la UNAM (Historia y Sociología) y la preparación indispensable para hacer buenos historiadores de las ideas. Presidía El Colegio don Alfonso Reyes con actitud imperturbablemente comprensiva y conciliadora. Desde el principio me recordó a mi padre. Fungía como secretario general don Daniel Cosío Villegas, hombre enérgico, sapiente y lúcido, de índole parecida al padre Federico. Dirigía el Centro de Estudios Históricos don Silvio Zavala, autor de varios libros de historia del derecho novohispano y catedrático que introdujo a los alumnos de aquella promoción al oficio de historiar. También recibí en el aula y en las cafeterías las enseñanzas de Manuel Alcalá, Rafael Altamira, Arturo Arnáiz y Freg, Robert Barlow, Francisco Barnés, Amancio Bolaño, Anne Chapman, François Chevalier, José Gaos, Eleazar Halpern, Ramón Iglesia, Javier Malagón, Agustín Millares Cario, José Miranda, Rafael Moreno, Concepción Muedra, Mariano Picón Salas, Eden Quainton, José Rojas Garcidueñas, Adolfo Salazar, Manuel Toussaint, Jorge A. Vivó y Leopoldo Zea.

En lugar de propinarles la lista de materias cursadas en aquel primitivo y paradisiaco Centro de Estu-

dios Históricos, invito a los posibles lectores de este esbozo de autobiografía a la lectura de “La pasión del nido”, ensayo de setenta páginas donde rendí cuentas de aquel Centro. Aunque sólo se impartían cuatro materias al semestre, al concluir el cuatrenio de estudios teníamos cursadas 32 materias. Aunque se me pegó poco de los cursos de idiomas (el francés, el inglés y el latín) y de las prácticas de paleografía, reconozco la excelencia de los cursos para hacer historiadores que impartía el primitivo Colegio de México.

En cuanto a métodos, deben abonársele a Colmex el método científico en el estudio de la historia y la sociedad; la exigencia para alumnos y profesores de dedicarse con exclusividad a las tareas de El Colegio de México; la costumbre del seminario en la enseñanza de las ciencias sociales, la historia y la filosofía, y la lectura pertinaz de las novedades bibliográficas, clásicos de la historia y fuentes de conocimiento histórico. Debíamos aprender el manejo de libros, periódicos y manuscritos. Se nos obligaba a acudir a bibliotecas, hemerotecas y archivos y a sacar de esas incursiones ensayos históricos publicables. De una incursión a la Biblioteca Nacional saqué *El optimismo nacionalista como factor de la independencia de México*; de estadías en la Biblioteca del INAH obtuve el material para escribir acerca de *Los caciques prehispánicos de Xochimilco*, y en varias visitas al Archivo General de la Nación tomé notas para escribir un ensayo sobre la magia en la Nueva España en el siglo XVIII.

Los profesores de aquel Colegio de México creían que, aparte de leer, había que vivir y viajar. Don Ramón Iglesia aconsejaba la adquisición de toda clase de vivencia para hacernos inteligible las mil facetas del pasado. En excursiones a los cuatro puntos cardinales, tuvimos contacto con vistosos monumentos de este país tan rico en pirámides, templos barrocos y palacetes porfirianos. También se impuso la costumbre de mandar a los egresados de Colmex a los más refulgentes institutos universitarios de Europa y los Estados Unidos.

Yo, aconsejado por mi padre y don Alfonso Reyes, escogí el camino de Francia. Llegué a París, con beca del gobierno francés, en octubre de 1951. Durante la estación invernal, inverné. Encerrado en mi cuarto del hotel Iris, leí muchos libros en francés. En la primavera asistí con asiduidad a cursos de H. I. Marrou, M. Merleau-Ponty, M. Bataillon, F. Braudel y algún otro; visité el Louvre y otros museos, y siguiendo las recomendaciones de don Alfonso Reyes que me dijo antes de salir “París no sólo es la capital de la cultura”, metí las narices en la otra Francia. Pese a que todavía no se recobraban los ánimos de los buenos tiempos, París era una fiesta.

También por recomendación de don Alfonso dejé Francia y viví varios meses en Madrid y otras ciudades españolas. Recorrí con mucho placer las raíces vivas de México. Pasé semanas memorables en Sevilla, tanto dentro del célebre archivo, como en sus callejones y tabernas. Visité, sin tropiezo alguno, los primores archi-

tectónicos y culinarios de Barcelona, San Sebastián, La Coruña, Vigo, Salamanca, Guadalajara, León, Valladolid, Guadalupe, El Escorial y muchas otras ciudades y lugares de un país habitado por pobres pero parientes generosos. No sé cuanto tiempo me hubiera quedado allá si don Daniel no me hubiese traído a trabajar a la fábrica de investigación histórica que había abierto tres años antes.

En el taller de don Daniel

En 1948, don Daniel Cosío Villegas, como reacción defensiva contra el alud de críticas furibundas desatadas por su artículo sobre “La crisis de México”, se puso a investigar el pasado de su patria a partir del triunfo de los liberales sobre el segundo imperio, con interés especial en la dictadura de Díaz y la Revolución mexicana. Casi enseguida le hizo recortes al propósito de estudiar un siglo de México, la centuria de las grandes agitaciones. Por falta de tiempo tuvo que restringirse al estudio de la etapa liberal, la comprendida entre las fechas de 1907 y 1910. Por otro lado, sólo se mantuvo doce meses y pico. A poco andar, ideó dividir la media centuria de Juárez, Lerdo y Díaz en dos periodos de desigual longitud: República Restaurada y Porfiriato. Cada uno de los periodos lo dividió en tres parcelas: vida económica, vida social y vida política. Él se reservó el estudio de los

fragmentos políticos. La economía del primer periodo se puso en manos de Francisco Calderón y dos o tres chicas ayudantes. El estudio del subsuelo indígena, el campesinado, la sociedad urbana y la cultura del mismo periodo quedó bajo mi responsabilidad y con la ayuda muy estrecha de Emma Cosío, Lupe Monroy y Armida de la Vara. Poner en claro la vida social de los tiempos de don Porfirio lo hizo de sobra el acucioso y diligente sociólogo Moisés González Navarro. La economía del mismo periodo tuvo la suerte de tener numerosos llamados para reconstruirla y escasos reconstructores, entre los que recuerdo a Rozensweig.

Daniel Cosío, como ya lo dije, tuvo una doble meta al diseñar su seminario: pulir investigadores e investigar exhaustivamente lo que don Alfonso Reyes llamó el pasado inmediato de México. Le atribuía a su taller el mérito incuestionable de ser un almácigo de nuevos investigadores. Estaba seguro de poder adiestrar a todos los participantes. Pensaba que la investigación colectiva, sujeta a la crítica de grupo y que concluye en la redacción personal, individual, de un trabajo, es una excelente ocasión para formar jóvenes investigadores que después levantarán el vuelo por su propia cuenta. Muchos no lo pensamos así. Para mí la narración histórica seguiría siendo obra individual de principio a fin. Los ayudantes sólo pueden ayudar a recoger información. En la mayoría de los casos es más lo que estorban que lo que ayudan.

Con pocas variantes, aquella fábrica de historia funcionó como lo dice don Daniel: El jefe de cada volumen presenta al director del seminario un proyecto inicial y una lista de posibles fuentes. Todo ello se examina en reunión plenaria... Hecho esto, el jefe se reserva uno o varios temas para su estudio personal, y los otros se distribuyen entre los ayudantes para acopiar material mediante una lectura de fuentes de cinco horas diarias... Los trozos importantes de publicaciones o documentos, así como la fuente de su procedencia se transcriben a máquina en tarjetas o fichas de tamaño uniforme que se acumulan en archiveros... La redacción de un tema se emprende en cuanto se han juntado todas las fichas respectivas. Aun los miembros más jóvenes e inexpertos del seminario han recibido un tema y la invitación a redactarlo... Todo trabajo presentado ha sido objeto de una discusión de tres o cuatro horas y varios se han llevado de nueve a doce.

En la etapa heurística, los oficiales de aquel ejército nos comportamos como hormigas diligentes, pero a la hora de entender y explicar lo acontecido fue clara la adopción del modo de proceder de la abeja.

Pocas veces el aburrimiento condujo al ejercicio del método de tijera y engrudo. Generalmente se procuraba interpretar, con la ayuda de teorías de corto alcance. Se dieron varias definiciones de la República Restaurada y el Porfiriato y cada quien ubicó nuestra era liberal en el proceso histórico de México.

El director del seminario les recalcó una y muchas veces a sus colaboradores que se abstuvieran del estilo pomposo y dominguero, que usaran a todas horas el lenguaje de la tribu. Se quería que la prosa fuese clara y sencilla. Cuando los textos llegaban a don Daniel éste los despojaba de los moños que trajeran, así como de las oscuridades.

Don Daniel tomó con entusiasmo la idea que le habíamos propuesto don José Miranda y sus discípulos de publicar una revista de *Historia Mexicana* que poco después se convertiría en principal órgano de expresión del Seminario. “Como quiera, la primera expresión clara del torrente que había de durar quince años y apabullar con diez grandes y rechonchos volúmenes fue el volumen relativo a la vida política en la República Restaurada. Luego apareció el de Francisco sobre la economía y casi junto con él el escrito por Emma Cosío, Lupe Monroy y yo sobre la vida social.

En 1955 pasé a formar parte de la nobleza de la cultura. Obtuve el diploma o título de maestría. Fui examinado en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y aprobado *magna cum laude*. Me sirvió de pasaporte o tesis la parte que escribí en el tomo de la *Historia moderna* que se llamó *La República restaurada. Vida social*. Enseguida, patrocinados por la Rockefeller, Lupe Monroy, Luis Muro, Stanley R. Ross, Bertha Ulloa, Susana Uribe y yo formamos un equipo muy fraternal con el propósito de hacer el catálogo de lo escrito en México y sobre

México en los treinta años que van de 1910 a 1940. De ese esfuerzo resultaron, entre otros libros, las *Fuentes de la historia contemporánea de México*, en cinco volúmenes. Ya en patín de erudito, cometí una compilación de documentos sobre la primera constitución mexicana publicada por los senadores con el título de *El Congreso de Anáhuac*, y una selección de textos sobre “La conquista”, aparecida en la *Historia documental de México*.

Historia de la historia universal de San José

En 1960 decidí, contra la opinión de los que solían decir las tareas adecuadas para Luis González, pasar el año de 1967, mi primer año sabático, en San José de Gracia, que no en ninguna de las Romas de la cultura occidental. En mi terruño vivían mis padres viejos y achacosos. Supuse que alegraría su vejez la vuelta de su único hijo, máxime que lo acompañaban la esposa y media docena de criaturas en edad de recibir las bendiciones de los abuelos. En París, Oxford o Nueva York no se me había perdido nada. El resorte del prestigio era cada vez más débil en mi persona y las indigestiones debidas al consumo indiscriminado de cultura superior, más frecuentes y agudas. Por otro lado, me daba sensación de independencia el separarme de un grupo tan absorbente y sólido como el de los colmexianos.

De vuelta en el pueblo, me sentí atraído por la idea de investigar y escribir su historia. Le entregué muchas horas a un trabajo no pedido. Quise divertirme, con la aplicación de un arte hecho para resucitar reyes, santos, filósofos y artistas de primer orden; para referir acontecimientos grandiosos y descomunales: para evocar el camino recorrido por los grandes del mundo, a difuntos del común, a sucesos de la vida cotidiana, al pasado de la gente de estatura normal. Por otra parte, el culto a los ancestros que se me inculcó en la crianza me atraía con fuerza. Me emocioné con la labor de resucitar la parentalía. Por otra parte, quería volver a la vida ranchera sin necesidad de practicarla, sólo para escribir su historia y entender lo que fui.

Pasé trescientos y tantos días metido hasta las cachas en los papeles de las parroquias de San José, Cojumatlán y Sahuayo, en el archivo judicial de Jiquilpan y en el ramo de tierras del Archivo General de la Nación. Puse a muchos de mis paisanos en el brete de recordar las hazañas suyas y las de sus padres. Escribí miles de fichas. Seleccioné las noticias creíbles y las puse en el orden cronológico que me pareció más coherente. Llené cuartillas a mañana, tarde y noche. Armida las pulió y las puso en la letra de molde. Leí ante públicos crecientes de coterráneos, una vez a la semana, uno a uno los capítulos de la historia universal de San José de Gracia.

Recordaba en días pasados ante un público de colegas y coterráneos que a principios de 1968 la familia

González de la Vara (dos padres de mediana edad y seis criaturas) volvió, después de un dichoso año sabático, en un autobús de Tres Estrellas a México, la ciudad que algún chistoso llamó “de los palacios”. Entre otros muchos triques, llevaba consigo un cartón repleto de fichas, manuscritos y copias mecanográficas de la historia de San José. En la terminal camionera, en la oficina de equipajes, el papá recogió velices y cartones que un cargador llevó hasta el taxi. Ya en el domicilio, los González se percataron de que en lugar del cartón de los papeles habían recibido otro lleno de limones. El papá volvió a las volandas a la terminal camionera donde encontró a un ranchero furibundo porque los limones de su huerta que pensaba repartir entre sus familiares de la capital se los habían cambiado por un apilo de papeles inservibles. Hecho el canje de frutos de huertas tan disímbolos, los dos hortelanos volvieron a la felicidad.

Pero ése sólo fue el primer contratiempo de aquel mecanuscrito de historia ranchera y pueblerina. El segundo se los debo a mis colegas que me criticaron por la forma extravagante de tomar un sabático. La directora del Centro de Estudios Históricos me pidió que pusiera a debate lo escrito en San José. Copias apenas legibles se repartieron entre una docena de colmexianos. Casi todos tuvieron la amabilidad de leerme. La mayoría de los del oficio de historiar me jaló las orejas; me dijo cortésmente que aquello era broma. Ningún académico debía permitirse perder todo un año de su

vida haciendo la historia de un pueblo sin historia. Los minúsculos acaeceres de una aldea de gente menuda estaban muy lejos de ser memorables. Pero recuerdo que tres maestros, ninguno de los tres historiadores, salieron en defensa de mi historia. El Dr. Gaos dijo que era un libro innovador hecho a ciencia y conciencia. Antonio Alatorre defendió su lenguaje hablado. Don Daniel Cosío Villegas recomendó darlo a las prensas.

Con el nombre de *Pueblo en vilo*, y un tiraje de dos mil ejemplares, El Colegio de México puso en venta mi historia universal de San José de Gracia en la Navidad de 1968. En los setenta, El Colegio lo reeditó dos veces, la segunda con un tiraje de diez mil copias. En 1984, la SEP, en la serie de Lecturas Mexicanas, lanzó cincuenta mil ejemplares. La Texas University Press le pidió al experto John Upton que lo tradujera al inglés y al fino poeta Lysander Kemp que cuidara la edición inglesa. Annie Meyer lo tradujo al francés y la editorial Plon lo puso en venta con el nombre de *Les barrières de la solitude*.

En ninguno de los tres idiomas alcanzó la categoría de *bestseller*, pero en todos tuvo muy buena prensa: los periódicos, a través de las plumas de amigos y extraños, lo piropearon bien y bonito. Entre los ¡ole! recibidos, se me quedaron en la mente los de José Luis Martínez, Rosa María Phillips, Jorge Ibargüengoitia, Jean Meyer, José Alvarado, Ruggiero Romano. Los elogios a *Pueblo en vilo* ayudaron a mi obesidad anímica, que consolidó el premio Haring concedido por la Asociación Ame-

ricana de Historiadores. El espíritu de Luis González se puso tan gordo como su cuerpo. Desde entonces he venido arrastrando dos esferas conmigo. Desde 1969, el exceso de masajes al ego intelectual me ha servido de rémora y de acicate.

El regreso al patriotismo

Un año después de la publicación de la *Microhistoria de San José de Gracia* se absolvió mi pecado de matriotismo. Compilé en cinco volúmenes los informes ante el Congreso y otras propuestas de los jefes de Estado desde el imperio de Iturbide hasta la presidencia de Díaz Ordaz, pero la Cámara de Diputados, patrocinadora de la edición, tuvo a bien amputarle el capítulo introductorio de la segunda parte que llevaba el nombre de “Balances presidenciales de la Revolución mexicana”. Por las mismas fechas di algunas charlas sobre el nacionalismo mexicano. Según el *curriculum vitae* que tengo delante, fui director por segunda vez del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México del 1 de septiembre de 1970 al último de agosto de 1973.

Recuerdo vagamente los cursos sobre la Nueva España y la revolución de independencia en el Centro de Estudios Históricos y las lecciones preliminares de teoría y método de la historia que di a estudiantes del Colegio y de las facultades de Filosofía y Letras de la

Universidad Autónoma e Iberoamericana. Metido en el deporte de los congresos y las mesas redondas, estuve en la Universidad de Santiago de Chile, en la Conference on Latin American History en Nueva York, en el mitin de la American Historical Association que tuvo lugar en Boston. Tomé parte en congresos habidos en Villahermosa, Monterrey, México y San Luis Potosí y, sobre todo, en aquella reunión en Oaxtepec, organizada en grande por Alejandra Moreno y, en mucho menor escala, por mí. Allí se reunieron por tercera vez los mexicanos de México, Estados Unidos y Europa para hacer el balance de los estudios históricos de tema mexicano.

En la comida que don Daniel ofreció en su casa al presidente de la República se convino abrir el taller que continuaría la *Historia moderna de México* con el nombre de historia de la Revolución mexicana. Don Daniel, alegando su edad, no quiso asumir la jefatura de la nueva fabriquita de historia; como quiera, yo acepté la gerencia y él puso manos a la obra con entusiasmo juvenil. Entre los dos reunimos una planta de cincuenta investigadores: a ocho, por relativamente viejos y colmilludos, se les nombró responsables de cada una de las etapas en que se convino dividir la trayectoria de México entre 1911 y 1964; dieciséis fueron copilotos de los ocho, y los demás, todavía estudiantes universitarios, meros recopiladores, pero con la opción de servirse del material que recopilaran para la hechura de sus propias tesis.

Una mitad de los cincuenta llamados provenía de la carrera de historia. La otra mitad la forman economistas, científicos de la política, diplomáticos y otros de ondas similares. Desde sus comienzos en 1973 el equipo para hacer la historia de la Revolución mexicana fue interdisciplinario y plural. En ese momento era de buen tono la pertenencia a una filosofía de la historia. A nadie se le pidió la ruptura con el santo de su devoción. El único compromiso fue el destinar un mínimo de cuatro horas diarias a la tarea y el de no apartarse de la ruta de la verdad. Claramente se instruyó a los participantes para que procuraran entender, no exaltar ni deslucir a los hacedores de medio siglo de la vida mexicana; narrar las acciones importantes de la marcha económica, sociopolítica y cultural, que no únicamente hazañas de milites y gobernantes; definir cada uno de los periodos cuatri o sexenales de la Revolución, y ubicar la gesta revolucionaria de México en el conjunto de las revoluciones del presente siglo, y en la serie de las revueltas mexicanas. Se asumieron como metas adjuntas hacer vidas de grandes hombres, pero sin olvidar la vida del pueblo; referir acontecimientos capitalinos, pero también las acciones importantes que hubieran tenido lugar allende las garitas de la metrópoli.

Nuestro trabajo tuvo la pretensión de ser nacional y populachero por las dos puntas, por ser historia de todo México y de todas las capas del hojaldre social, y por dirigirse a capitalinos, provincianos, a especialistas

y al público. Incluye las obligaciones académicas (prólogos, notas a pie de página, bibliografía y demás) pero prescinde de la jerigonza de los científicos sociales. Su afán de ser leído por todos se manifiesta en muchos detalles. Se ofrece el enorme texto en veintitrés volúmenes de poco bulto. Se intercalan muchas fotos y otras ilustraciones. Procuramos la popularidad sin menoscabo de la profesionalidad. Nuestra historia es, sin duda, la más documentada de las muchas escritas sobre el conjunto de la Revolución. Está construida sobre un cuarto de millón de papeletas o fichas sacadas de colecciones de periódicos, archivos públicos y privados, bibliotecas y recuerdos de supervivientes.

Como quiera, es una obra inconclusa y desigual. Eduardo Blanquel se aferró a su miedo de escribir. Cada uno de los que sí escribieron lo hizo a su modo. Son reconocibles los estilos de componer y narrar de Berta Ulloa, Álvaro Matute, Jean Meyer, Enrique Krauze, Rafael Segovia, Lorenzo Meyer, Alejandra Lajous, Victoria Lerner, Olga Pellicer, José Luis Reyna, Esteban Mancilla.

Esperé en vano que se reconociera la originalidad de los dos volúmenes salidos de mis investigaciones, mis métodos de entender y explicar y mi modo poco elegante de narrar historias. Tanto *Los artífices del cardenismo* como *Los días del presidente Cárdenas* han corrido con poca suerte.

Más de fuerza que de grado volví a la microhistoria. Con el gobernador Torres Manzo, convine la coor-

dinación de una serie de historias de los municipios de Michoacán. Busqué a personas interesadas y capaces de hacerlas. Se pudo sacar a flote una serie de 23 monografías de otros tantos municipios de Michoacán. Casi todas fueron muy bien recibidas por los lugareños. De las dos que me tocó escribir, la de *Zamora* y la de *Sahuayo*, la última, mereció la acogida de algunos sahuayenses y la repulsa de otros. Lo mismo sucedió con *Michoacán, lagos azules y fuertes montañas*, de una serie de la Secretaría de Educación Pública, dirigida a la enseñanza primaria. Anduve metido en esa serie como coordinador y como autor y en ningún caso me libré de las críticas de maestros de la normal, seguros de que todo lo que se sabe de México es bien sabido y no admite correcciones.

El Colegio de Michoacán y otras recaídas en el matriotismo

Si mis primeras andanzas las debo a personas que me querían, las segundas he de agradecerlas a los amigos y a una o dos personas enemigas. Me cuesta trabajo explicarme la entrada a El Colegio Nacional, al Senado Cultural de la República, como lo llama la gente de voz recia. Menos supe de qué modo caí en el oficio de fundador de instituciones. La idea fue de Fernando Solana, en aquel año de 1978 secretario de Educación Pública.

Él le propuso a Víctor Urquidi abrir en las ciudades del interior institutos semejantes a El Colegio de México. Urquidi me propuso la apertura y la puesta en marcha de un instituto extracapitalino. Desde el momento en que di el sí dejé de recibir el salario que venía cobrando desde los cuarenta en Colmex.

Según consta en el primer *Boletín de El Colegio de Michoacán*, el 15 de enero de 1979, en la ciudad de Zamora, en el patio de una casa de alcurnia, rentada para ser sede del Colegio, delante de un público en que se contaban Carlos Torres Manzo, gobernador de los michoacanos; Eliseo Mendoza, subsecretario de la SEP; Víctor L. Urquidi, presidente de El Colegio de México; Alberto Valdés, presidente municipal de Zamora, otros muchos personajes y un nutrido auditorio de zamoranos, después de oír a los dos presidentes y a Eliseo Mendoza, dije, entre otras parrafadas, las siguientes:

“Los antiguos purépechas añadían al nombre propio de las personas, en el momento de cumplir los 52 años de edad, el mote de patzitzi, que significa venerable en lengua y simplemente pachichi o arrugado en el idioma del pueblo... Hace cosa de un año que entré, contra mi gusto, al club de los pachichis, y contra lo prescrito por el buen comportamiento, en vez de contraerme a las quietudes del hogar y de la biblioteca, me he enfrascado en una acción novedosa...”, la hechura, a imagen y semejanza de El Colegio de México, de El Colegio de Michoacán.

“El Colegio de Michoacán crecerá en la medida en que pueda sorber los jugos de la tierra donde ahora se planta. Necesita contagiarse del dinamismo futurista y del respeto a las tradiciones que se respiran aquí... La unión estrecha y cordial con grupos locales... será lo que nos evite la condición de *ghetto*... Nuestro instituto también necesita de la asistencia económica del Estado... Tampoco prosperará fácilmente sin la asistencia académica, sin el préstamo de libros, sin el préstamo de profesores, sin el apoyo múltiple, sin la maternidad de El Colegio de México...”

Lo sucedido fue algo diferente a lo previsto. El Colegio de Michoacán creció sin ayuda de El Colegio de México, pero con el apoyo entusiasta de Zamora a quien se debe el solar donde se edificaría COLMICH; de la SEP, principal aportadora de recursos; de los gobernadores Torres Manzo y Cárdenas, que sucesivamente ayudarían con donación de libros para la biblioteca, pago de publicaciones y fábrica del edificio propio; de CIESAS, que envió tres parejas de antropólogos (De la Peña-Rodríguez, Durand-Arias y Lameiras-Boehm); de CONACYT, que becó estudiantes, y de los que libremente aceptaron adherirse a la empresa zamorana: Carlos Herrejón, Agustín Jacinto, los Lira (Andrés y Cecilia), los Meyer (Jean y Beatriz), los Moreno (Heriberto y Esperanza), Francisco Miranda, Álvaro Ochoa y algunos más.

Con la colaboración de varias instituciones y personas, sobre un valle verde y fecundo, a partir de 1979,

se dio vida al Colegio de Michoacán. En pocos años se pudo hacer una biblioteca de no malos bigotes; se adquirió un buen paquete de aparatos: máquinas de escribir, teléfonos, camioneta y computadora. En un abrir y cerrar de ojos se formaron pequeños pelotones de alumnos que querían aprender los oficios ofrecidos por el COLMICH: antropología social, historia y ecología humana. Desde el arranque se dispuso de un personal de apoyo experto y entusiasta en el que aún figuran Aurora del Río y Alfonso Valdivia, Margarita Martínez, José Luis Ramírez, Salvador Sebastián...

Se ha convertido en la repetición preferida de mi tercera edad el cuento de que El Colegio en Zamora “comenzó con doce curiosos de la vida del vecino y media docena de personas duchas en hacer las cosas prácticas que no pueden ejecutar los expertos en fisgonería humanística. Nuestros salvadores ya estaban acostumbrados al calor y a los mosquitos de Zamora, pero del personal académico, sólo uno. Si se prescinde de la dificultad para conseguir vivienda, la vida en el valle fue desde el principio placentera y fecunda. Algunos tomaron las de Villadiego después de una corta residencia, pero el número de los que se agregaron fue mayor... De ningún modo fue un instituto con personal académico flotante e improvisado. El COLMICH comenzó y siguió con una planta de académicos titulados en ciencias históricas, antropológicas y demás líneas de las humanidades. Casi todos especialistas; casi todos proclives al

conocimiento global del hombre y a la resolución de los problemas humanos”.

Me enorgullece el haber sido copartícipe, durante el primer lustro de los ochenta, en la construcción de El Colegio de Michoacán junto con colegas sobresalientes de la generación del 68 que en Zamora han producido hijos, discípulos y libros. Se dice que es tanta la escasez de distracciones en la ciudad del Duero que a los colmichianos sólo les cupo ocuparse en la hechura de retoños, investigadores e impresos. En el primer lustro del COLMICH, la planta académica dio a luz medio centenar de libros y centenar y medio de artículos. En aquella producción destacan las obras para pocos, las monografías de los estados dirigidas a los estudiantes de primaria y las monografías municipales. El Colegio de Michoacán produjo un volumen de impresos cuatro veces mayor que las más fecunda de las instituciones metropolitanas.

A mediados de 1985 concluyó el sexenio presidencial de Luis González. Para obstruir chismes, sin bajarse del barco, el saliente se privatizó lo más que pudo, contrajo nuevas amistades y ciertos compromisos en otras áreas de la vida. Los nuevos amigos eran profesionales de la medicina y el nuevo campo de ocupación, su cuerpo. Pasó, un día cualquiera, de la calificación de sano a la de paciente. Cinco especialistas de Guadalajara decidieron intervenirlo. En el mes de septiembre en el que la capital sufrió un enorme estremecimiento; la caída de

centenares de edificios; la muerte de miles de personas, y la reparación de multitud de heridos en los hospitales, ante los ojos de los tapatíos se volvió objeto de lástima, pues el gran parche postoperatorio en el ojo izquierdo con el que salió del hospital, y con el que iba a revisión a la clínica del doctor Guerrero Santos, le daban la apariencia de damnificado del terremoto capitalino.

En 1986 volví en mí y a las andanzas académicas. Los primeros meses del año les propiné diez lecciones de Historiografía mexicana del siglo xx a estudiantes de El Colegio de Michoacán. En la primavera di un par de conferencias en la Universidad de Guadalajara, y otra en DIFATUR, en Sinaloa. En el verano, estuve en México en plan de conferenciante. Allí completé el número de diez conferencias que nos sugiere impartir a sus miembros El Colegio Nacional. Escribí poco y publiqué menos.

El regreso a la patria

En 1987 puse en escena un nuevo modo de vivir. Decidí volver al monte, al punto de arranque. En la madrugada de un día de primavera, cuando los guardias de caminos duermen, José Luis Ramírez trasladó a la pareja formada por Armida y Luis y su ajuar de Zamora a San José. Según lo predijo, en aquellas horas oscuras no habría “mordelones” despiertos que nos quitaran bille-

tes por trasladar colchones y ropa. Estaba orgulloso de no haber sobornado nunca, bajo ningún motivo, a los agentes del gobierno, y me resistía a estrenar el nuevo modo de vivir con el resbalón en la práctica corrupta de mayor frecuencia en México: el soborno.

Ninguna de las casas en las que habité durante cincuenta años era tan grande como esta a la que volvía. En tiempo de mis padres fue funcional en sus tres secciones: la habitada por ellos y Margarita, la repleta de árboles frutales y yerbas de uso común, y la que ocupaban gallinas, cerdos, un caballo y un par de vacas. Diez años después, todo era distinto. Urgía cubrir goteras en la parte humana; replantar el patio de los vegetales y rehacer para fines distintos a los que tuvo la sección zoológica que los buscadores de tesoros habían destartado. Tuve la suerte de que el arquitecto Víctor Manuel Ortiz, Vico para los amigos, diseñara y dirigiera la construcción de la biblioteca de Luis y la torre de Armida.

El cambio del lugar de residencia trajo una mudanza de costumbres de poco bulto. No volví a ninguna actividad ranchera. Dediqué muy poco tiempo a la conversación con parientes y amigos. Fue mínima la ayuda prestada al comité que puso en escena los vistosos festejos del primer cumpleaños de San José en 1988. Entre 1987 y 1990 viví en el terruño aislado de él, o casi. Como quiera, nunca antes había tratado tanto a gente de diversas condiciones y lugares. El miedo al avión no me impidió volar. Por lo menos una semana

de cada mes estuve en la Ciudad de México. Con poco provecho para ellas y mucha satisfacción para mí, visité, en plan de conferenciante o de ponente, unas diez ciudades mexicanas y dos o tres extranjeras por año. Semanalmente asomé las narices a las instalaciones de El Colegio de Michoacán en Zamora para recoger dinero y la fina asistencia secretarial de Aurora del Río de Valdivia; para asistir a reuniones de la Junta de Gobierno, y de la asamblea de componentes del Centro de Estudios Históricos y del comité directivo del Departamento de Doctorado; para dar algún curso y para otras cosillas que sólo le importan a mi compañera: adquirir jabón para la lavadora automática; comprar dulces de “Don Pedrito” que ella no puede comer, que sí regalar a los niños de San José.

Todo funcionaba a pedir de boca cuando sobrevino otro eclipse corporal bastante más largo que el primero. Varios médicos de Guadalajara opinaron que el paciente Luis González debía ser intervenido quirúrgicamente por segunda vez. Entró a la clínica del doctor José Guerrero Santos con dos ojos y salió nomás con uno. Él no se acongojó, pero sí los niños que encontraba a su paso. Tuvo que inventar mil respuestas para las reiteradas preguntas infantiles. Suscitó la curiosidad en los extraños y toda clase de rumores entre los conocidos. La noticia de su desojo llegó hasta los oídos del personaje cumbre del Palacio Nacional. El presidente Salinas de Gortari promovió revisión de su caso. A principios del 91, lo exami-

naron los mejores oncólogos de la capital. En el Centro Médico Siglo XXI se asomó a ese fragmento de la familia humana formada por dolientes y enfermeras. Mientras hacía cola para recibir su terapia de radiaciones, durante dos meses, conoció otro ángulo del mundo. Perdió peso y ánimo. Tres meses más tarde se rehízo. Con su parche negro de pirata se retrajo a la costumbre de leer, escribir y platicar. Regresó a San José.

Desde que vivimos Armida y yo en San José tenemos con frecuencia el gusto de recibir telefonemas y visitas de familiares y amigos. Rara vez pasamos solos los fines de semana. Los seis hijos, dispersos en cuatro ciudades de la República, han dado en reunirse con los autores de su vida y de su discutible buena crianza y con sus hermanos, anualmente, en el frío periodo de la Navidad. Antiguos colegas de México, Guadalajara, Colima y Zamora se han deslizado hasta San José. Algunas veces han venido personas de pueblos próximos que quieren hacer la historia de su tierra; otras veces se trata de políticos que buscan electores o de lectores que buscan en mi biblioteca libros misteriosos. Aparte de satisfacer mi ego, algunos visitantes influyentes le han acarreado beneficios a la comunidad de San José de Gracia y a su servidor. Tengo por seguro que los visitantes aportan muchos bienes y quitan poco tiempo. Mentiría si los culpara de estorbarme en el trabajo. Por otra parte, mi vida académica en San José, pre y post radiaciones, ha sido intensa y variada.

Desde 1979 informo a El Colegio Nacional de las tareas académicas cumplidas anualmente. Los informes del último lustro arrojan como saldo: cinco cursos para estudiantes de maestría del Colegio de Michoacán; setenta y ocho conferencias, cosa de treinta leídas o contadas en recintos universitarios de la Ciudad de México y medio centenar repartido en Aguascalientes, Campeche, Ciudad Juárez, Ciudad Victoria, Colima, Chihuahua, Chilpancingo, Guadalajara, Guanajuato, Hermosillo, Mérida, Morelia, Monterrey, San Cristóbal de las Casas, San José de Gracia, Tijuana, Tlaxcala, Torreón y Zamora; cuarenta y cuatro ponencias en otros tantos congresos, coloquios y mesas redondas; cuatro libros en primera edición de noventa páginas para arriba; diez prólogos para obras de otros; veintiséis artículos publicados en revistas especializadas o de alta divulgación o en volúmenes colectivos.

Los informes anuales a El Colegio Nacional sólo dan cuenta parcial de mi bullicio en este rincón del mundo. No he informado de los quehaceres de acumular libros, comer naranjas y compartir con Armida las minucias de lo cotidiano. En el último lustro han entrado a la biblioteca y la torre adjunta seis mil libros. Me he deleitado últimamente en las tareas de ojear volúmenes impresos, leer párrafos y distribuir libros y números de revista en los ciento cincuenta estantes de una biblioteca donde practico la clasificación decimal. A veces tomo notas, pero lo común es que con breves

rayas hechas en las orillas de los trozos leídos señale las proposiciones que me interesan.

Seguramente a todo mundo lo tiene sin cuidado el que cada vez coma menos carne y más frutas, me distancie de las fritangas y los antojitos, me abstenga de las bebidas alcohólicas y busque pretextos para dejar de asistir a cometungas de amigos y familiares. Sigo teniendo buen estómago, pero no buen diente. Antes despertaba el apetito en quienes me veían comer. Ahora, no. Antes era más protocolario en la vida diaria. Ahora siento que el futuro se acorta y no debo explármame en las ceremonias de la buena educación. Quizá me he contagiado de la nortehía de mi compañera. Me he vuelto un poco huraño y cortante, pero no al punto de decirles no a todos los que me invitan a dar conferencias, escribir artículos o responder preguntas.

Sin contar reediciones, he publicado del 88 para acá tres libros. El más pretensioso de los tres es *El oficio de historiar*. Nadie me lo pidió; muy pocos lo han comentado, pero por las reediciones que lleva deduzco que un buen número de lectores lo ha adquirido en librerías. Entre otros, tiene dos lacras: no sale en defensa de ninguna filosofía de la historia y ha sido hecho por alguien del tercer mundo. Por otra parte, no ha pretendido ser superior a ningún manual europeo o estadounidense. Como lo dice la cuarta de forros, “con el lenguaje de la tribu... dibuja el perfil del historiador y la tela de donde corta sus argumentos; narra las posibles aventuras

del trabajo intelectual del clonaua, desde que escoge tema hasta la publicación del producto que Paul Valéry llama, no sin razón, el más peligroso de los elaborados por la química del intelecto”. Si tuviera lectores *Todo es historia*, el volumen donde Antonio Saborit compila quince artículos, temería causar daños en la mente de mis compatriotas. Más peligroso sería, de no haber sido publicado por Banca Promex para sus clientes pesudos que rara vez se dejan arrastrar por el vicio de la lectura. *Michoacán, muestrario de México* no es, por otra parte, un libro de historia. Habla de las aficiones geográficas y gastronómicas de un vecino de Michoacán.

Quisiera decir con la necesaria compostura que la tercera edad tampoco me ha convertido en un donador importante; que sí en lo que ahora se llama un triunfador, aunque de poco ruido. Obtuve en 1983 el Premio Nacional de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía, pero no creo que se hayan enterado de ese triunfo más de cien personas. Milito en el Sistema Nacional de Investigadores, lo que ha mejorado notablemente los ingresos, no la fama. Han aparecido en libros y periódicos referencias generosas para lo que he publicado, lo que no da popularidad en un país donde se lee poco. Algunos me reconocen y admiran porque alguna vez me vieron en la pantalla de su televisor. He triunfado no por convertirme en ídolo popular que sí por recibir agasajos: soy profesor emérito de COLMEX e hijo mimado de San Pepesburgo.

Me acaba de dejar turulato y mudo una ceremonia de dos días en que se confundieron las aguas de dos rituales de distinto género. Mi compadre Álvaro Ochoa, con el apoyo de los colegios de México y Michoacán, la presidencia y la Casa de la Cultura de San José y otras instituciones que en gracia a la brevedad omito, convocó, en enero de 1993, a una mesa redonda, donde se debatiera sobre *Pueblo en vilo* en el vigésimo quinto año de su publicación y en el lugar donde se produjo. Con ese propósito acudieron a San José no menos de cincuenta historiadores y científicos sociales de diversas ciudades de México y de los Estados Unidos. El autor de la obra a debate esperaba análisis fríos, críticas acres y algunos piropos. Estuvo en primera fila tanto en el auditorio de la Casa de la Cultura como en el salón de recepciones del Hotel de Larios. En las dos partes, ponentes, comentaristas, visitantes sin papel y paisanos me hicieron objeto de un homenaje sin precedente. Dos días, a mañana y tarde, masajearon el ego de su servidor tan constante y refinadamente que en ningún momento se me ocurrió pensar que aquello fuera una ceremonia de “cultivo” como la acostumbrada por los yucatecos y sí una muestra de simpatía de mis colegas y paisanos.

Después de un masaje tan estimulante me dispongo a sacar tres libros este año. Uno está hecho y es sólo una *Vuelta a Michoacán en 500 libros*. De los dos restantes, sólo dispongo de los huevos. Del que se llama

México en un jarrito saldrá la historia de la construcción de México y de este que estoy a punto de acabar de escribir brotará un extenso *Viaje redondo* que me gustaría subtitular *Egohistoria de un cronista menor*. Aunque yo lo vea como una autobiografía precoz, me sospecho que otros lo verán como las memorias de un adulto desmemoriado. Como se sabe, es imposible conseguir que los prójimos compartan la imagen justa que uno tiene de sí mismo.

De la múltiple utilización de la historia

Cuando iniciaba la carrera de historia en El Colegio de México parientes y amigos me preguntaban ¿para qué sirve lo que estudias? Como yo no sabía contestar para qué servía una de las profesiones más viejas y hermosas del mundo, pues la había escogido por mera afición al cuento o discurso histórico, sondeaba a mis ilustres profesores sobre la utilidad de estudiar “lo que fue” para la vida comunitaria de hoy. El maestro Ramón Iglesias decía: “No creo que el historiador pueda jugar un papel decisivo en la vida social, pero sí un papel importante. La historia no es puramente un objeto de lujo.” Recuerdo vagamente que al doctor Silvio Zavala no le caía bien la pregunta, aunque siempre la contestaba con la fórmula de Dilthey: “Sólo la historia puede decir lo que el hombre sea”. Historia=Antropología. El maestro José Miranda sentenció en uno de sus arranques de escepticismo: “El conocimiento histórico no sirve para resolver los problemas del presente; no nos inmuniza contra las atrocidades del pasado; no enseña nada; no evita nada; desde el punto de vista práctico vale un comino.” Para él, la historia era un conocimiento legítimo e inútil igual que para don Silvio.

Vino enseguida la lectura de tratados sobre el conocimiento histórico y el encuentro con las proposiciones

siguientes: “La historia es maestra de la vida” (Cicerón). “El saber histórico prepara para el gobierno de los estados” (Polibio). “Las historias nos muestran cómo los hombres viciosos acaban mal y a los buenos les va bien” (Eneas Silvio). “Los historiadores refieren con detalle ciertos acontecimientos para que la posteridad pueda aprovecharlos como ejemplos en idénticas circunstancias” (Maquiavelo). “Desde los primeros tiempos se le ha visto una utilidad al saber del pasado: la de predecir e incluso manipular el futuro” (Lewis). “Escribir historia es un modo de deshacerse del pasado” (Goethe). “Si los hombres conocen la historia, la historia no se repetirá” (Brunschvigg). “Quienes no recuerdan su pasado están condenados a repetirlo” (Ortega). “La recordación de algunos acaeceres históricos puede ser fermento revolucionario” (Chesneaux). “El estudio de la historia permitirá al ciudadano sensato deducir el probable desarrollo social en el futuro próximo (Childe).

Una praxis profesional pobre, pero larga y cambiante me ha metido en la cabeza algunas nociones de Pero grullo: hay tantos modos de hacer historia como requerimientos de la vida práctica. Sin menoscabo de la verdad, pero con miras a la utilidad, hay varias maneras de enfrentarse al vastísimo ayer. Según la selección que hagamos de los hechos conseguimos utilidades distintas. Con la historia anticuaria se consiguen gozos que está muy lejos de deparar la historia crítica. Con ésta se promueven acciones destructivas muy distantes a las que

fomenta la historia reverencial o didáctica. Mientras las historias que se imparten en las escuelas proponen modelos de vida a seguir, la historia que se autonombra científica asume el papel de explicar el presente y predecir las posibilidades del suceder real. Cada especie del género histórico es útil a su manera. Según la porción de la realidad que se exhume será el provecho que se obtenga. Un mismo historiador, según el servicio que desee proporcionar en cada caso, puede ejercer las distintas modalidades utilitarias del conocimiento histórico. También es posible y deseable hacer historias de acción múltiple que sirvan simultáneamente para un barrido y para un regado, para la emoción y la acción, para volver a vivir el pasado y para resolver problemas del presente y del futuro. Lo difícil es concebir un libro de historia que sea sólo saber y no acicate para la acción y alimento para la emoción. Quizá no exista la historia inútil puramente cognoscitiva que no afecte al corazón o a los órganos motores.

¿Acaso es inservible la historia anticuaria?

En la actualidad la especie cenicienta del género histórico es la historia que admite muchos adjetivos: anecdótica, arqueológica, anticuaria, placera, precientífica, menuda, narrativa y romántica. Es una especie del género histórico que se entretiene en acumular sucesidos

de la mudable vida humana, desde los tiempos más remotos. Por regla general escoge los hechos que afectan al corazón, que caen en la categoría de emotivos o poéticos. No le importan las relaciones casuales ni ningún tipo de generalización. Por lo común, se contenta con un orden espacio-temporal de los acontecimientos; reparte las anécdotas en series temporales (años, decenios, siglos y diversas formas de periodos) y en series geográficas (aldeas, ciudades, provincias, países o continentes). Aunque hay demasiadas excepciones, puede afirmarse que historia narrativa es igual a relato con pretensión artística, a expresiones llenas de color, a vecindad de la literatura. Los historiadores académicos de hoy día niegan el apelativo de historiadores a los practicantes de la anticuaria, y por añadidura, los desprecian llamándolos almas pueriles, coleccionadores de nimiedades, espíritus ingenuos, gente chismosa, cerebros pasivos, hormigas acarreadoras de basura y cuenteros. Con todo, este proletariado intelectual, ahora tan mal visto en las altas esferas, es al que con mayor justicia se puede anteponer el tratamiento de historiador, porque sigue las pisadas del universalmente reconocido como padre de la historia y como bautizador del género. Herodoto, el que puso la etiqueta de historia al oficio, fue, por lo que parece, un simple narrador de los “hechos públicos de los hombres”. Después de Herodoto, en las numerosas épocas románticas, la especie más cotizada del género histórico es la narrativa.

Aunque en las cumbres de la intelectualidad contemporánea no rifa lo romántico, emotivo, nocturno, flotante, suelto y yang, que si lo clásico, yin, diurno y racional, en el subsuelo y los bajos fondos de la cultura cuenta el romanticismo, y por ende, la historia anticuaria. Muchos proletarios y pequeños burgueses de hoy suscribirían lo dicho por Cicerón hace dos mil años: “Nada hay más agradable y más deleitoso para un lector que las diferencias de los tiempos y las vicisitudes de la fortuna.” Podríamos culpar a villanos o mercachifles u opresores de la abundancia de historia narrativa en la presente época, pues no se puede negar que los escaparates de las librerías, los puestos de periódicos, las series televisivas, los cines y demás tretas de comercio y comunicación venden historia anticuaria a pasto, en cantidades industriales. Sin lugar a dudas, la vieja historia de hechos se mantiene muy vivaz, especialmente en el cine y en la televisión. Estamos frente a un punto de aceptación masiva, a una droga muy gustada, a una manera de dormirse al ritmo sin molestias.

Seguramente es una especie de historia que sirve para usos revolucionarios. Es fácil aceptar lo dicho por Nietzsche: “La historia anticuaria impide la decisión en favor de lo que es nuevo, paraliza al hombre de acción, que siendo hombre de acción, se rebelaría siempre contra cualquier clase de piedad.” Hoy, en los frentes de izquierda, se afirma frecuentemente que la erudición histórica que deparan los anticuarios “es una defensa

de todo un orden de cosas existentes”, es un baluarte del capitalismo, es una arma de la reacción. En los frentes de derecha tampoco faltan los enemigos del cateo de saberes deleitosos del pasado. Éstos se preguntan: ¿Para qué nos sirve el simple saber de los hechos en sí? Atiborrar la mente con montones de historias dulces o picantes es disminuir el ritmo de trabajo. Izquierdas y derechas, y en definitiva todos los encopetados y pudientes, lo mismo revolucionarios que reaccionarios, coinciden en ver en los anecdotarios históricos un freno para la acción fecunda y creadora, un adormecedor, una especie de opio.

Si se cree que no todo es destruir o construir, si se acepta el derecho al placer, si se estima que no hay nada negativo en la toma de vacaciones, se pueden encontrar virtudes, un para qué positivo en la escritura y el consumo de textos de historia anticuaria. Para el primer historiador, la historia fue una especie de viaje por el tiempo que se hacía, al revés de los viajes por el espacio, con ojos y pies ajenos, pero que procuraba parecido deleite al de viajar. Los que escriben a la manera de Herodoto nos ponen en trance turístico. En palabras de Macaulay, “el gusto de la historia se parece grandemente al que recibimos de viajar por el extranjero”. El que viaja hacia el pasado por libros o películas de historia anticuaria, se complace con las maravillas de algunos tiempos idos, se embelesa con la visión de costumbres exóticas, se introduce en mundos maravillosos. La mera búsqueda

y narración de hechos no está desprovista de esta función social. Este papel desempeñan los contadores de historias para un público que se acucilla alrededor del fuego así como los trovadores y cantantes de corridos para los concurrentes a la feria.

Ojalá que la gente importante le perdone la vida al cuento de acaeceres pasados, que no les aplique la última pena a los historiadores que sólo proporcionan solaz a su lectorio o auditorio. ¿Por qué no permitir la hechura de libros tan gratos como *Ancla en el tiempo* de Alfredo Maillefert? Que no se diga que no están los tiempos para divertirse sino únicamente para hacer penitencia. En toda época es indispensable soñar y dormir. Sin una mente cochambrosa o demasiado desconfiada es posible apreciar el para qué positivo de las historias que distraen de las angustias del tiempo presente, que equivalen a salirse de sí, a una fuga a tiempos mejores o sólo distintos, a un alivio contra el cual protesta airadamente Prieto Arciniega, ese animo de la historia crítica.

¿Es liberadora la historia crítica?

Otra especie del género histórico “trata de darse cuenta de cuán injusta es la existencia de una cosa, por ejemplo, de un privilegio, de una casta, de una dinastía; y entonces se considera, según Nietzsche, el pretérito de esta cosa bajo el ángulo crítico, se atacan sus raíces con

el cuchillo, se atropellan despiadadamente todos los respetos”. Si la historia anticuaria se asemeja a romances y corridos, la historia crítica parece medio hermana de la novela policial; descubre cadáveres y persigue delincuentes. Quizá su mayor abogado haya sido Voltaire, autor de la tesis: nunca se nos recordarán bastante los crímenes y las desgracias de otras épocas. Diderot le escribía a Voltaire: “Usted refiere” los hechos para suscitar en nuestros corazones un odio intenso a la mentira, a la ignorancia, a la hipocresía, la superstición, a la tiranía, y la cólera permanece incluso después de haberse desvanecido la memoria de los hechos.” Se trata pues de una historia, que como la anticuaria, si bien no adicta a sucesos muy remotos, se dirige al corazón aunque únicamente sea para inyectarle rencor o ponerlo en ascuas. No es una historia meramente narrativa de sucesos terribles ni una simple galería de villanos. Este saber histórico para que surta su efecto descubre el origen humano, puramente humano de instituciones y creencias que conviene proscribir, pero que se oponen al destierro por creérseles de origen divino o de ley natural.

Si la historia anticuaria suele ser la lectura preferida en periodos posrevolucionarios, la de denuncia florece en etapas prerrevolucionarias, o por obra de los revolucionarios. Esto se ha visto con gran claridad en la historiografía mexicana. Los misioneros del siglo xvi recordaron preferentemente los hechos infames del estilo de vida prehispánica para facilitar su ruptura. Los

criollos de la insurgencia de principios del siglo, xix le sacaron todos sus trapitos al sol a la época colonial, la desacralizaron, le exhibieron sus orígenes codiciosos. Los historiadores de la reforma liberal, al grito de borrón y cuenta nueva, pusieron como lazo de cochino la trayectoria vital de su patria. Los discursos históricos del pasado inmediato se complacían en la exhibición de los aspectos corruptos del porfiriato. Hoy no sólo en México, sino en todo el mundo occidental, entre investigadores profesionales cunde el gusto por la historia crítica, por descubrir la villanía que se agazapa detrás de las grandes instituciones de la sociedad capitalista.

A este tipo, de sabiduría histórica que se complace en lo feo del pasado inmediato se le atribuye una función corrosiva. Se cree con Voltaire que “las grandes faltas que en el tiempo pasado se cometieron” van a servir para despertar el odio y poner la piqueta en manos de quienes se enteren de ellas. Cuando se llega a sentir que el pasado pesa, se procura romper con él, se trata de evitar que sobreviva o que regrese. La recordación de los sucesos de infeliz memoria contribuye a lo dicho por Goethe (“Escribir historia es un modo de deshacerse del pasado”) y por Brunschvigg (“Si los hombres conocen la historia, la historia no se repetirá”). Así como hay una historia que nos ata al pasado hay otra que nos desata de él. Éste es el saber histórico disruptivo, revolucionario, liberador, rencoroso. Muchas supervivencias estorbosas, muchos lastres del

pasado son susceptibles de expulsión del presente haciendo conciencia de su cara sombría. La detracción histórica que hicieron Wistano Luis Orozco y Andrés Molina Enríquez de la hacienda o latifundio dícese que sirvió para difundir el cocimiento de lo anacrónico, perjudicial e injusto de la caduca institución, para formular leyes condenatorias de la hacienda, y para la conducta agrarista de los regímenes revolucionarios. Detrás de la enérgica predistribución de ranchos ejecutada por el presidente Cárdenas estuvo, quizá, la labor silenciosa de algunos historiadores críticos que minaron la fama de la gran hacienda.

La historia crítica podría llamarse con toda justicia conocimiento activo del pasado, saber que se traduce muy fácilmente en acción destructora. “Si desde los primeros tiempos —escribe Diderot—, la historiografía hubiese tomado por los cabellos y arrastrado a los tiranos civiles y religiosos, no creo que éstos hubiesen aprendido a ser mejores, pero habrían sido mis detestados y sus desdichados súbditos habrían aprendido tal vez a ser menos pacientes.” La historia aguafiestas es un saber de liberación, no de dominio como la de bronce. Denuncia los recursos de opresión de opulentos y gobernantes; en vez de legitimar la autoridad la socava; dibuja tiranos; pinta patronos crueles de empresas capitalista; refiere movimientos obreros reprimidos por la fuerza pública; estudia intervenciones nefastas de los países imperialistas en naciones frágiles, o destaca

los perjuicios de la sobrevivencia de edades cumplidas. Para sacar adelante ideas jóvenes se bebe la historia erigida en tribunal que condena, la crítica que corroee las ideas vetustas. Todos los revolucionarios del siglo xx han echado mano de ella en distintas formas, con diferentes lenguajes, en especial el cinematográfico. Los primeros filmes de Eisenstein, como la huelga y el acoirazado Potemkin, fueron historia crítica para beneficio de la Revolución rusa. Filmes posteriores de Eisenstein pertenecen a otra especie histórica, de una historia de signo opuesto que, sin embargo, no es anticuaria.

La historia de bronce

La historia de bronce es aun más pragmática que la historia crítica, es la historia pragmática por excelencia. Es la especie histórica a la que Cicerón apodó “maestra de la vida”, a la que Nietzsche llama reverencial, otros didáctica, conservadora, moralizante, pragmático-política, pragmático-ética, monumental o de bronce. Sus padres son famosos: Plutarco y Polibio. Sus características son bien conocidas: recoge los acontecimientos que suelen celebrarse en fiestas patrias, en el culto religioso, y en el seno de instituciones; se ocupa de hombres de estatura extraordinaria (gobernantes, santos, sabios y caudillos); presenta los hechos desligados de causas, como simples monumentos dignos de imitación. “Durante muchos

siglos la costumbre fue ésta: aleccionar al hombre con historias.” En la Antigüedad clásica compartió la supremacía con la historia anticuaria, a lo Herodoto. En la Edad Media fue soberana discutida. Eneas Silvio le llamó “gran anciana consejera y orientadora”. La moral cristiana la tuvo como su principal vehículo de expresión. Entonces produjo copiosas vidas ejemplares de santos y de señores. En el Renacimiento fue declarada materia fundamental de la educación política. En su modalidad pragmático-política tuvo un autor de primer orden: Nicolás de Maquiavelo. En el otro lado del mundo, en la América recién conquistada por los españoles, fue una especie histórica practicada por capitanes y sacerdotes. En el siglo XIX, con una burguesía dada al magisterio, se impuso en la educación pública como elemento fundamental en la consolidación de las nacionalidades. En las escuelas fue la fiel y segura acompañante del civismo. Se usó como una especie de predicación moral, y para promover el espíritu patriótico de los mexicanos. Guillermo Prieto asegura que sus *Lecciones de historia patria* fueron escritas para “exaltar el sentimiento de amor a México”. Recordar heroicidades pasadas serviría para fortalecer las defensas del cuerpo nacional.

Nadie puso en duda en el siglo XIX lo provechoso de la historia de bronce. El acuerdo sobre su eficacia para promover la imitación de las buenas obras fue unánime. Una gran dosis de estatuaría podía hacer del peor de los niños un niño héroe como los que murie-

ron en Chapultepec “bajo las balas del invasor”. Quizás el único aguafiestas fue Nietzsche con su afirmación: “La historia monumental engaña por analogías. Por seductoras asimilaciones, lanza al hombre valeroso a empresas temerarias” y lo vuelve temible. Un continuador de Nietzsche, ya de nuestro siglo, Paul Valéry lanzó la siguiente señal de alarma: la historia que recoge las bondades del pasado propio y las villanías de los vecinos, “hace soñar, embriaga a los pueblos, engendra en ellos falsa memoria, exagera sus reflejos, mantiene viejas llagas, los atormenta en el reposo, los conduce al delirio de grandeza o al de persecución, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas”.

Pese al grito de Valéry que declaró a la historia que se enseñaba en las escuelas “el producto más peligroso producido por la química del intelecto humano”; no obstante, la tesis de Fustel de Coulanges que le negó a la historia la capacidad de ser luz, ejemplo, norte o guía de conductas públicas o privadas, sigue sosteniendo la historia de bronce su prestigio como fortalecedora de la moral, maestra de pundonor y faro del buen gobierno. Todos nuestros pedagogos creen a pie juntillas que los hombres de otras épocas dejaron gloriosos ejemplos que emular, que la recordación de su buena conducta es el medio más poderoso para la reforma de las costumbres, que como ciudadanos debemos nutrirnos de la sangre más noble de todos los tiempos, que las hazañas de Quiroga, de Hidalgo, de

Juárez, de los héroes de la Revolución, bien contadas por los historiadores, harán de cada criatura un apóstol, un niño héroe o un ciudadano merecedor de la medalla Belisario Domínguez. Gracias a la historia de bronce o reverencial o pragmática o ejemplarizante “mil santos, estadistas, inventores, científicos, poetas, artistas, músicos, enamorados y filósofos, según expresión de los Durant, todavía viven y hablan, todavía enseñan” y no cabe duda que tienen alumnos aplicados y fieles. La historia de bronce llegó para quedarse. En nuestros días la recomiendan con igual entusiasmo los profesionales del patriotismo y de las buenas costumbres en el primero, en el segundo y en el tercer mundo. Es la historia preferida de los gobiernos.

No hay motivos para dudar de la fuerza formativa de la historia de aula. No se justifica la prohibición de este vigorizante de criaturas en crecimiento, aun no torcidas. La exhumación de los valores positivos de otros tiempos, enriquece la actualidad, aunque no sepamos decir con exactitud en qué consiste tal enriquecimiento. La historia de bronce no una especie incapaz de caber en el mismo jarrito donde se acomodan las demás especiales historiográficas, incluso la científica. Léase en Burkhardt: “Lo que antes era júbilo o pena tiene que convertirse ahora en conocimiento, como ocurre también en rigor en la vida del individuo. Esto da también a la frase de *historia magistra vitae* un significado superior y a la par más modesto.”

La utilidad de la historia científica

Sería indiscutible si lo fuera la científicidad de la historia. Se trata de una especie del género histórico que tuvo como precursor a Tucídides, pero a la que le ha salido la barba en fechas muy recientes, ante nuestros ojos. Se trata de una historia que busca parecerse a las ciencias sistemáticas del hombre: la economía, la sociología, la ciencia política... Si las otras especies andan tras hechos particulares, ésta procura los acaeceres genéricos. “Sólo por la obstinada miopía ante los hechos —escribe Bagby— algunos historiadores siguen afirmando que los sucesos no llevan consigo ningún tipo de regularidad. Los hechos históricos no son refractarios al estudio científico... Las generalidades formuladas por la ciencia de la historia probablemente nunca llegarán a ser tan precisas y tan altamente probables como las de las ciencias físicas, pero esto no es ninguna razón para no buscarlas.” Por regla general, la nueva Clío recoge principalmente hechos de la vida económica. Como dice Beutin, “para la vida económica se pueden hacer enunciados de valor general porque es un campo de actividad racional. La economía trata con elementos que pueden ser contados, pesados, medidos, cuantificados”. La nueva especie histórica suele autollamarse historia cuantitativa. “La historia cuantitativa —según la definición de Marczewski y de Vilar— es un método de historia económica que integra todos los hechos estudiados en un

sistema de cuentas interdependientes y que extrae sus conclusiones en forma de agregados cuantitativos determinados íntegra y únicamente por los datos del sistema.”

En los círculos académicos de los países industrializados existe la devoción por la historia cuantitativa. Dictámenes como el de Carr (“El culto a la historia cuantitativa lleva la concepción materialista de la historia a extremos absurdos”) “no han logrado entibiar el fervor de los cuantificadores que en su mayoría son gente de izquierda, alguna muy adicta al materialismo histórico. Gracias a la cuantificación, según notables cuantificadores, la historia ha podido ponerse a la altura de las demás ciencias del hombre. Según Chaunu, la cuantificación ha conseguido que la historia sea fámula de las ciencias del hombre, y por lo mismo la ha vuelto un ente servicial, le ha quitado el carácter de buena para nada. Chaunu sentencia: “La historia cuantitativa busca en los testimonios del pasado respuestas a las interrogaciones mayores de las ciencias sociales; estas interrogaciones que son simplemente demandas de series... La demografía tiene necesidad de un espesor estadístico que la historia demográfica proporciona... La economía tiene necesidad de una historia económica regresiva... Es así como la historia puede ser útil en el sentido más noble y al mismo tiempo el más concreto... “Si tuviéramos aquí a Chaunu y le preguntáramos la historia ¿para qué?”, contestaría “para ser tenida por investigación básica de las ciencias y las técnicas sociales”.

Por lo demás, se supone que las ciencias sociales reforzadas por la historia científica van a hacer realidad lo que quería Luis Cabrera de Córdoba en el siglo xvii, una historia que fuera “luz para las cosas futuras”. Es ya un hecho lo previsto por Taine en el siglo xix: “Qué sequedad y qué feo aspecto tiene la historia reducida a una geometría de fuerzas.” Pero agregaba: “Poco importa.” El conocimiento histórico “no tiene por meta el divertir; su mira es explicar el presente y advertir al mañana. Los cuantificadores de la historia creen que si Childe viviera no pondría en futuro la siguiente proposición: “El estudio de la historia permitirá al ciudadano sensato establecer la pauta que el proceso ha ido entretejiendo en el pasado, y de allí deducir su probable desarrollo en el futuro próximo.” Sólo los menos optimistas piensan que nos quedaremos en una semiprevisión al través de la historia generalizante; creen con Lacombe: “De la historia, ciencia compleja en el más alto grado... no es necesario esperar una previsión infalible y sobre todo una previsión circunstanciada... A lo más llegaremos a entrever las corrientes que llevan a ciertos puntos.”

Todavía no se puede saber cuáles promesas de la historia científica se cumplirán plenamente. ¿Hasta dónde el estudio científico del pasado, hasta dónde las largas listas de precios, de nacimientos y defunciones de seres humanos, de volúmenes de producción y de otras cosas cuantificables nos permiten encontrar en

ellas sentido y orientación para el presente y el porvenir? Profetizar hasta dónde llegará nuestro don de profecía al través de una historia que haya cuantificado todo o la mayor parte de los tiempos idos es muy difícil. La computación de las pocas noticias conservadas en documentos seriables del pasado no puede prometer mucho. Aquí y ahora hay igual número y fuerza de argumentos para los que sostienen la imposibilidad de ver el futuro al través de la ciencia histórica como los que ven en cada historiador numérico un profeta con toda la barba. Pero si la historia cuantitativa no nos cumple todo lo prometido no importa mucho. Sólo a medias quedarán como inservibles libros tan voluminosos como los que suele expedir rebosantes de cuentas. Mantendrán su valor como recordatorios y como auxiliares en la predicción del futuro. En el ¿para qué? las cuatro maneras de abordar el pasado que hemos visto son un poco ilusorias; las cuatro prometen más de lo que cumplen. La anticuaria no es siempre placentera; la crítica está lejos de poder destruir toda tradición injusta; la didáctica es mucho menos aleccionadora de lo que dicen los pedagogos, y la científica, por lo que parece, no va a ser la lámpara de mano que nos permita caminar en la noche del futuro sin mayores tropiezos. Como quiera, lo servicial de las historias está fuera de duda. La que llega a más amplios círculos sociales, la historia fruto de la curiosidad que no de la voluntad de servir, los conocimientos que le disputa el anticuario a

la polilla, “los trabajos inútiles” de los eruditos han sido fermento de grandes obras literarias (poemas épicos, novelas y dramas históricos), han distraído a muchos de los pesares presentes, han hecho soñar a otros, han proporcionado a las mayorías viajes maravillosos a distintos y distantes modos de vivir. La historia anticuaria responde a la insaciable avidez de saber la historia” que condenó el obispo Bossuet y que hoy condenan los jerarcas del mundo académico, los clérigos de la sociedad laica y los moralistas de siempre. La narración histórica es indigesta para la gente de mando.

La historia crítica, la desenterradora de traumas, maltratos, horrores, rudezas, barbaries, da a los caudillos revolucionarios argumentos para su acción transformadora; busca el ambicioso fin de destruir para luego rehacer; es para cualquier sufriente un fermento liberador. Este tipo de toma de conciencia histórica “realiza una auténtica catarsis”; produce, según Marrou, “una liberación de nuestro inconsciente sociológico un tanto análoga a la que en el plano psicológico trata de conseguir el psicoanálisis”. Se trata de un saber disruptivo que libera al hombre del peso de su pasado, que le extirpa acumulaciones molestas o simplemente inútiles. Suele ser un ponche mortífero para autoridades.

Aun la historia de tan grosero utilitarismo, la que se llama a sí misma *historia magistra vitae*, es una maestra útil al poner ante nuestros ojos los frutos mejores del

árbol humano: filosofías, literaturas, obras de arte, actos de valor heroico, pensamientos y dichos celebres, amores sublimes, conductas generosas y descubrimientos e inventos que han transformado al mundo. La historia reverencial o de bronce nos permite, en expresión de Séneca, “despegarnos de la estrechez de nuestra caduca temporalidad originaria y darnos a participar con los mejores espíritus de aquellas cosas que son inmensas y eternas”. Si la historia de bronce no se nos impusiera en las aulas, tendría probablemente más repercusión de la que posee hoy en día. Es ésta la búsqueda más cara al humanismo, la que exhibe la cara brillante, bella, gloriosa, digna de ser imitada del ser humano. Es también la disciplina que mejor le sienta a los dominadores.

Por último, a la presuntuosa historia científica, en sus múltiples manifestaciones de historia económica, social, demográfica y de las mentalidades, no es, según la pretensión de la gente de sentido común, por no decir del común de la gente, una mera inutilidad. Es cada vez una mejor sirviente de las ciencias sistemáticas del hombre, de la economía, de la ciencia política, etc. También ayuda a conocer nuestra situación actual y en esta forma a orientar su inmediata acción futura, aunque su don de zahorí aun está en veremos. Aun sin capacidades adivinativas es servicial. Es muy difícil creer que la seriedad científica no reporte beneficios prácticos. Como ciencia, tiene su carácter utilitario que es reconocido por mecenas y poderosos.

Por supuesto que ninguna de las cuatro historias se da en pureza en la vida real, y por lo mismo todas, de algún modo, son fuentes de placer, liberación, imitación y guía práctica. También son posibles y existentes, las historias globales que aspiran a la resurrección total de trozos del pasado, que resucitan al unísono ángulos estéticos, aspectos crueles, logros clásicos y estructuras de una época y un pueblo y que pueden ser de utilidad para nostálgicos, revolucionarios, huérfanos y planificadores. Aunque son imaginables las historias verdaderas totalmente inútiles, no se vislumbra su existencia aquí y ahora.

Para concluir, y en alguna forma justificar pedestre las palabras dichas, es provechoso recordar que el poseedor de la chifladura de la investigación histórica no siempre indaga por el para qué de su chifladura. Quizá como todas las vocaciones auténticas, el gusto por descubrir acciones humanas del pasado se satisface sin conciencia de sus efectos prácticos, sin parar mientes en lo que pueda acarrear de justo o injusto, de aburrimiento o de placer, de oscuridad o de luz. La búsqueda de lo histórico ha sido repetidas veces un deporte irresponsable, no una actitud profesional y menos una misión apostólica. Con todo, cada vez pierde más su carácter deportivo. Quizá ya lo perdió del todo en las naciones con gobiernos totalitarios. Quizá la tendencia general de los gobiernos de hoy en día es la de influir en la forma de presentar el pasado con estímulos para

las historias que legitimen la autoridad establecida y con malas caras para los saberes históricos placenteros o desestabilizadores o sin segunda intención, sin otro propósito que el de saber y comunicar lo averiguado.

La Revolución Cristera (1925-1932)*

Unos meses antes

El general Plutarco Elías Calles llega a la Presidencia de la República el 1 de diciembre de 1924 y no tarda en manifestar su odio contra los curas. La burocracia le hace coro. La agitación anticlerical prohija el nacimiento de una Iglesia Apostólica Mexicana que consigue un patriarca Pérez, el templo de La Soledad y casi ninguna clientela. Fracasado el cisma, se emprende la aplicación rigurosa de los artículos 3, 5, 24, 27, 32 y 130 de la Constitución General de la República. La reglamentación del artículo 130 dispone el registro y la reducción del número de sacerdotes. Poco antes de la llamada “Ley Calles”, los oradores en el Congreso Eucarístico Nacional celebrado en México del 4 al 12 de octubre, el obispo de Huejutla, el historiador Mariano Cuevas, el abogado Miguel Palomar y otros hablan de “luchar por la Iglesia y de salvar a la Patria”.¹ A ese congreso asisten

.....
* En *Pueblo en vilo: microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 2a ed., 1972, pp. 141-170.

¹ Jorge Grarn, Héctor. *Novela histórica cristera*, México, Editorial Jus, 1953, pp. 80-82.

dos representantes de San José de Gracia. El anciano arzobispo de México manifiesta en entrevista periodística su desafecto a varios de los artículos de la Constitución de 1917. La aptitud polémica del general Calles y su manera de caudillo se mantienen incólumes.⁴ El régimen difunde la teoría de que el clero es traidor a la patria.

El general Calles no sólo es memorable por las disputas y las guerras sostenidas con el general Serrano, los yaquis, el clero y los cristeros. Además de remover obstáculos que se oponían a la práctica de la Constitución de 1917, puso los cimientos del desarrollo ulterior de México con la fundación de escuelas agrícolas y secundarias, el Banco de México, la creación del impuesto sobre la renta, el Banco de Crédito Agrícola y las comisiones de Irrigación y Caminos.⁵ Michoacán no conoció las actividades constructivas de don Plutarco y sí la amplia variedad de las destructivas: cierre de escuelas y conventos; trabas al culto, “aun al que los católicos celebraban privadamente en sus casas;” confiscación de asilos y clausura de los centros productores de sacerdotes que funcionaban en Morelia, Zamora y Tacámbaro.⁶ El 8 de marzo de 1926, el gobierno orde-

.....
⁴ *El Universal*, 27 de enero, 4 y 8 de febrero de 1926.

⁵ Wigberto Jiménez Moreno y Alfonso García Ruiz, *Historia de México. Una síntesis*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1962, p. 119.

⁶ José Bravo Ugarte, *Historia sucinta de Michoacán*, México, Editorial Jus, 1962-1964, vol. III, p. 223.

nó la clausura del seminario conciliar de Zamora.⁷ La veintena de jóvenes josefinos que estudiaban allí volvieron al pueblo a erigir la Acción Católica de la Juventud Mexicana local y emprender una sigilosa campaña de instigación. Llegó también a raudales la propaganda impresa de orientación antigobiernista. Los discursos de Anacleto González Flores y otros líderes católicos se leyeron y difundieron y levantaron ámpula. Con todo, lo fundamental en aquel ambiente caldeado fue el regreso del padre Federico en 1924.

El padre Federico regresó a levantar la bandera del pueblo y especialmente la de la generación que se dio a conocer en público cuando el enojo del volcán de Colima y cuyos miembros habían nacido de 1877 a 1890. El joven sacerdote, de apariencia enclenque, nació en 1889. Tres fuerzas ambientales configuraron su personalidad: el rancho, la familia y el seminario. El incipiente pueblo de San José, que era una ranchería en región ganadera y frutal, le proporcionó las primeras tareas dentro de la vida al aire libre: juego de canicas, caminatas a caballo, jineteo de becerros, castigos por desobediencia y algún quehacer campesino, no de mucha obligación, porque él era hijo de familia algo acomodada y vieja en la zona. Su padre, Bernardo González Pulido, el encargado del orden en San José de 1891 a 1900;

⁷ Arturo Rodríguez Zetina, *Zamora. Ensayo histórico y repertorio documental*, México, Editorial Jus, 1952, p. 576.

su madre, Herminia Cárdenas Barragán, originaria de un rancho próximo a La Manzanilla, de temperamento apasionado, activo, emotivo e inquebrantable. El niño recibió en herencia el temperamento de su madre y los sentimientos de honor y fe en el porvenir común. La religiosidad, la charrería y el señorío los contrajo de su padre. A los 13 años de edad entró al seminario auxiliar de Sahuayo a estudiar latín, matemáticas y física. En Zamora, donde estudió filosofía escolástica y teología, adquirió la úlcera duodenal de toda su vida, el desafecto al curso seguido por la historia mexicana de la Reforma para acá y el gusto por el raciocinio. Después de recibir las órdenes mayores en 1913, estuvo de vicario cooperador en Tingüindín, trabajó para los indígenas y entró en relación con los guerrilleros revolucionarios. Permaneció en San José de 1916 a 1918 para paliar los golpes del bandolerismo. Ya se dijo que fue el héroe civil cuando la jornada de Chávez García. De su pueblo se fue a Cojumatlán con el doble carácter de vicario y director de una escuela auxiliar del Seminario. En 1922 estuvo en Vistahermosa para enderezar un asunto peliagudo, y al año siguiente asumió la vicerrectoría del seminario zamorano. Recrudescida su úlcera, vuelve a instalarse en San José a fines de 1924. Nervioso y de sueño ligero, activo y arriesgado, lúcido y de voluntad fuerte, las tenía todas para ser un líder excelente. Como tal metió a sus paisanos en dos empresas delicadas: la

parcelación de la hacienda de El Sabino y la lucha contra la clerofobia del general Plutarco Elías Calles.⁸

En el origen de la parcelación de la hacienda de El Sabino estuvo el miedo de la dueña a la reforma agraria. Varios de sus latifundios estaban amenazados por los solicitadores de tierras que se amparaban en las leyes del 6 de enero de 1915, el artículo 27 constitucional y el reglamento agrario de 1922. Los vientos agraristas venían de Jalisco. En 1921, el comité agrarista del Paso de Piedra solicitó las tierras de El Sabino. El gobernador jalisciense encontró justa la solicitud: la pasó a la Comisión Local Agraria; ésta propuso que se dotara a los 190 vecinos del Paso mayores de 18 años con 042 hectáreas: 826 de El Sabino, 99 del Rancho Seco de Ignacio Sánchez y 117 de varios propietarios menores.⁹ Entonces todavía no había adictos al agrarismo gubernamental en la tenencia de San José. Los de ésta sentían cierto desdoro en pedir regaladas las tierras ajenas. Tampoco el padre Federico alentaba esa forma de hacer propietarios.

El padre Federico aprovechó el miedo de la señorita María Ramírez Arias y de su abogado y tío don Mariano Ramírez, para conseguir que aceptaran dividir y vender

.....
⁸ Datos obtenidos de los familiares del biografiado, y especialmente de Rosa y Josefina González Cárdenas.

⁹ Archivo del Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización (ADAAC), exp. 1933.

a largo plazo a los sin tierra de San José los terrenos de la hacienda de El Sabino. Obtenida la anuencia, se hizo venir a un ingeniero para que midiera, levantara planos y parcelara el vasto latifundio. Como el primer agrónomo durara meses en la tarea sin resultados visibles, se contrató a otro. El ingeniero David Vázquez terminó pronto la obra. Unas 1 872 hectáreas de las 4 232 que medía El Sabino se dividieron en 206 parcelas de 7 a 15 hectáreas cada una. Las parcelas pequeñas eran parcialmente de labor, susceptibles de sembrarse en tiempo de aguas, y las mayores casi exclusivamente de agostadero. De las 2 350 hectáreas restantes, 950 se tomaron para formar 12 ranchos de 40 a 150 cada uno. La dueña se quedó con 1 400 hectáreas que sus parientes le impidieron vender en parcelas a los peones de El Sabino. De ese sobrante le fueron afectadas el mismo año de 1926, 672 para formar el ejido del Paso de Piedra.¹⁰ Las parcelas y los ranchos se consiguieron a precios módicos, a un promedio de 50 pesos la hectárea para pagar en 10 años en abonos anuales que podían ser en dinero o en especie. Así se duplicó el número de terratenientes en la tenencia. Así se satisfizo el ansia de propiedad de todos los vecinos de San José y una de las rancherías. Así, sólo quedaron sin tierra unas 200 familias que habitaban en los ranchos. Entre éstas, 40 del mero Sabino que, en carta al padre Federico González, le piden que “usted que tanto se ha interesado

.....
¹⁰ ADAAC, exp. 12558.

por los pobres que no tenemos terreno... y que vivíamos en la hacienda sólo porque nos dejaban criar nuestros animales y un pedazo de tierra donde sembrar [y que ahora vendidas las partes del latifundio donde se localizaban los corrales y los ecuaros gratuitos] nos encontramos sin tener donde vivir ni agostar los animales ni sembrar... pedimos a usted que pueda remediarnos nuestra situación y nos venda de los mismos terrenos de la hacienda parcelas del mismo tamaño que a los parceleros de San José para nosotros y 42 individuos más de esta hacienda en las mismas condiciones de precio que a los de San José de Gracia”.

La solicitud de los peones de El Sabino llegó tarde. En julio de 1926 ya lo vendible se había vendido. Ni el padre ni don Guadalupe González ni ninguno de los que tuvieron que ver con el reparto pudieron remediar el mal. Los lotes se habían rifado. Ya estaban en posesión de 218 parcelas y ranchos otros tantos jefes de familia de San José y del Jarrero. El que nadie en el pueblo se haya quedado sin tierra propia fue celebrado con un suculento día de campo y otras escenas de regocijo y fiesta.¹¹

Otro acontecimiento luminoso se debió a don David Sánchez, quien instaló entonces una pequeña “planta de luz y fuerza motriz”, suficiente para iluminar con focos amarillos las noches del templo, la plaza

¹¹ *Huanimba*, núm. 1, y datos comunicados por Porfirio González Buenrostro.

y dos docenas de hogares, y también para mover un molino de nixtamal, el segundo en el pueblo. Pocos años antes la afición de don Juan Chávez a las mujeres se había manifestado también en la instalación de un molino. En 1926, dos molinos despertaban a las señoras desde antes de amanecer con sus resopli-dos agudos, y el de don Juan, además, con los truenos del escape, que semejaban un tiroteo. El tercer suceso venturoso de 1926 fue la abundancia de lluvias, tan abundantes que rompieron los diques de defensa en la ciénaga de Chapala.¹²

Pero no todo fue bonanza. A varios políticos in-fluyentes de la villa de Sahuayo no les pareció bien el reparto de El Sabino. Rafael Picazo lo declaró contra-revolucionario e intentó deshacerlo.¹³ Otros querían que se fraccionara en ranchos y se vendiera entre los sahuayenses. Tampoco los que se consideraban here-deros de la solterona dueña vieron con buenos ojos la desmembración de la hacienda. Muchos, por una u otra razón, le declararon la guerra a los de San José. Nunca la población había sido víctima de tantos abu-sos. Se le molestó dizque por mocha. Se acudió a ese

.....
¹² Germán Behn, “El lago de Chapala y su cuenca”, en *Boletín de la Junta Auxiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, t. x, núms. 1 y 2, septiembre-octubre de 1956, p. 25.

¹³ Datos comunicados por Honorato González Buenrostro.

pretexto para conseguir apoyo oficial. Se dijo que en San José funcionaba un grupo de la ACJM. Y en efecto, todos los jóvenes solteros acudían desde 1925 a las juntas de la ACJM, igual que en muchos otros pueblos.¹⁴ También la de San José, como gran parte de la población del país, firmó el memorial enviado al Congreso para protestar contra la “Ley Calles”. Tampoco se desobedeció el decreto de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa que decía: “No compréis nada, por lo menos nada superfluo, y si tenéis que comprar, compradlo a los amigos de la causa.”¹⁵ Y no menos respetada fue la orden episcopal de suspender el culto público. Se cumplió con todas las disposiciones y recomendaciones provenientes de organismos católicos, y se cumplió espontáneamente y con entusiasmo.

Se acató la orden episcopal de suspender el culto en el templo. El pueblo se queda mudo cuando las campanas dejan de tocar. El padre Federico sigue ejerciendo en privado su ministerio. La gente multiplica sus actividades religiosas: oye misa, se confiesa y comulga más frecuentemente. El pueblo siente cada vez más veneración por la Iglesia y el estado sacerdotal. Desde su fundación ha sido religioso y clerical y raro sería que no lo fuera. No tiene por qué mal sentir de los sacerdotes. El paternalismo y la intromisión de los sacerdotes

¹⁴ Datos comunicados por el P. Federico González Cárdenas.

¹⁵ Datos comunicados por Josefina González Cárdenas.

en asuntos temporales han sido, por regla general, benéficos para el vecindario de San José. No hay quejas contra el clero; hay buenas evocaciones de los obispos de Zamora y de muchos vicarios de San José, especialmente de los padres Othón, Vega y Ávalos. Es además un sacerdote al que en ese momento acatan todos como caudillo. En cambio, a los funcionarios del gobierno civil nadie tiene nada que agradecerles. El afecto al movimiento maderista había sido la única muestra de identificación entre San José y las autoridades de la República. Hacia los gobiernos posteriores hubo un claro desafecto que se convirtió en odio a secas cuando Calles desde la presidencia y sus colaboradores desde distintos puestos, se dan a la tarea de perseguir curas y monjas y cerrar escuelas y templos.

Los cultos de San José discuten la postura que debe tomarse ante el hecho de la persecución religiosa. Casi todos son exseminaristas. El profesor Rafael Haro no lo es. La mayoría sostiene el deber de recurrir a la fuerza contra el gobierno; cree en la pequeñez y debilidad del régimen callista y está segura que los dos millones de mexicanos que firmaron el memorial dirigido al Congreso para solicitar libertad religiosa están resueltos a tomar las armas, máxime que la Cámara de Diputados contestó al memorial con un violín. Se discute en un clima emotivo. El profesor Rafael Haro no cree que la catolicidad mexicana sea tan honda en otras partes como lo es aquí. Duda de que la persecución religio-

sa produzca en otras zonas la reacción que produce en San José y demás pueblos de la comarca. Algunos ven imposible ganarle la batalla al gobierno porque éste tiene armas y ejército, y la población carece de los medios de defensa y ataque. A esto responden los adictos a la violencia con varias razones. Se arguye, entre otras cosas, que los agraristas de los pueblos cercanos de Jalisco aportarán rifles. También se tiene la esperanza de que ayuden con dinero y útiles de guerra los católicos de Estados Unidos. Con todo, algunos siguen incrédulos, y con ellos un hombre de mucho peso en la opinión josefina, el padre Juan González. Éste muere de una enfermedad que pudo ser lepra, y se impone el punto de vista de la mayoría de la élite ilustrada y del padre Federico.¹⁶

Eufemio, el jefe de la “defensa social” de Sahuayo, tenía sus razones para estar resentido con los poderosos de su villa; era descendiente de los indios despojados de sus tierras por los colonos blancos. Pero su deseo de venganza no sólo lo sació en hijos de los culpables. Repetidas veces fue a molestar al vecindario de San José. Un día llegó dispuesto a aprehender al padre Federico y a varias personas allegadas a él. No encontró a ninguno y a manera de desquite saqueó algunas casas y la tienda de don Guadalupe González, la mejor del pueblo. La gente se enfureció, y no únicamente contra Eufemio,

.....
¹⁶ Datos comunicados por el profesor Rafael C. Haro.

“La Chiscuaza”. Tenía motivos para creer que en esos atropellos andaba metida la mano del diputado federal del distrito, y en última instancia la del gobierno. Los robos del comandante sahuayense fueron la gota que derramó el vaso.¹⁷

El levantamiento

El padre Federico elige el camino de la violencia. A pesar de ser un hombre de decisiones rápidas, en el caso presente vacila. Indaga antes la opinión de los obispos. Algunos son favorables al movimiento armado. Lee a los tratadistas sobre el asunto de la guerra justa. Se convence de que la guerra en esta ocasión es justa y necesaria. Se relaciona con dirigentes de la Unión Católica Mexicana. Se rodea de “un pequeño grupo de hombres en quienes confía plenamente”. Va en persona a hablar con los párrocos y presidentes de los pueblos circunvecinos. Consigue atraer a sus propósitos a los pueblos de Cojumatlán, Valle de Juárez, Cotija y otros puntos. Dondequiera la mayoría de las voluntades se inclinan por el movimiento armado. Las demás poblaciones no han sido tan castigadas como San José, pero también están en actitud levantisca. De común acuerdo se fija el 11 de julio de 1927 para iniciar la in-

.....
¹⁷ Datos comunicados por Honorato González Buenrostro.

surrección en San José. Allí se juntarían los grupos de media docena de pueblos que el padre Federico había alistado para tomar las armas. Para entonces numerosas partidas de cristeros ya peleaban en distintos y distantes rumbos del país.¹⁸

Luis Navarro Origel entra a Pénjamo el 29 de octubre de 1926. Fracasado, se retira a Michoacán.¹⁹ Otro brote se produce en Chalchihuites, Zacatecas, el 15 de agosto. Para el 22, la rebelión ha cundido, encabezada por Pedro Quintanar y Aurelio Acevedo.²⁰ La Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa decide estimular y coordinar el movimiento armado. El 2 de enero de 1927, Miguel Hernández se levanta en Los Altos de Jalisco y tras él, El Catorce, Valadez, Rocha y los curas Vega y Pedroza.²¹ Por las mismas fechas se alzan varios pueblos de la región del Bajío de Guanajuato.²² En la zona de Colima no cesan de crecer los grupos insurrectos de Coquimatlán, Villa de Álvarez, Pihuamo y Zapotitlán.²³ Se prenden otras chispas en varios puntos

¹⁸ Datos comunicados por el P. Federico González Cárdenas.

¹⁹ Bravo Ugarte, *op. cit.*, vol. III, p. 24.

²⁰ Jesús Degollado Guízar, *Memorias de... último general en jefe del ejército cristero*, México, Editorial Jus, 1957, p. 26.

²¹ Alicia Olivera, *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929. Sus antecedentes y consecuencias*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1966, pp. 157-158.

²² *Ibid.*, pp. 160-162.

²³ *Ibid.*, pp. 162-165.

de Michoacán, en las sierras del sureste, en Tajimaroa, Zamora y Yurécuaro, ya muy cerca de San José. También arden el sur de Coahuila, el norte de Zacatecas, San Luis Potosí, Tamaulipas y algunos pueblos cercanos a la capital.²⁴ Se rumora que el número de levantados pasa de los 20 000; que ya se combate en muchos sitios; que a los combatientes se les llama libertadores; que el gobierno está asustado. Se recibe también la noticia que decidirá a varios de los de San José. El admirado líder Anacleto González Flores cae preso, es torturado y muerto en abril de 1927. Poco antes, el 3 de marzo, don Prudencio Mendoza da el grito de rebelión a pocas leguas de San José, en El Calabozo y Cotija. “La casi totalidad de los habitantes de la sierra lo secundan”.²⁵

En San José había medio millar de hombres en edad de tomar las armas e irse a la guerra, pero no todos se sintieron con ánimos de hacerlo, y no hubo fusiles ni siquiera para los bien dispuestos. Los que se alistaron fueron alrededor de 40 y sólo la mitad con armas largas: carabinas 30-30, rifles 44 y pocos máuseres. El nombramiento de general se le dio a León Sánchez, el de coronel a su hermano David, el de mayor a Anatolio

.....
²⁴ Cf. Olivera, *op. cit.*; Antonio Rius Facius, *Méjico cristero. Historia de la ACJM*, México, Editorial Patria, 1950; Aquiles P. Moctezuma, *El conflicto religioso de 1926*, México, Editorial Jus, 1960.

²⁵ Esteban Chávez, *Quitupan, ensayo histórico y estadístico*, Morelia, Fímax, 1954, p. 56.

Partida. A Rafael Pulido, jefe de la tenencia, se le otorgó el grado de capitán. Los 12 componentes de la defensa social se adhirieron al movimiento. Otros habían salido del Seminario de Zamora un año antes. Unos eran pequeños propietarios, otros hijos de pequeños propietarios y ganaderos y los demás parceleros o simples peones. Una tercera parte estaban casados y tenían hijos. Los más eran jóvenes en el verdor de la edad, de 16 a 30 años, con alguna destreza en el manejo de armas y caballos y sin disciplina militar.

No todos los integrantes del grupo de San José eran idealistas puros. Además del sentimiento religioso, movía a muchos el deseo de vengar las ofensas que por líos de tierras les inferían los politicastros de la región. Hubo también ambiciosos de fama, dinero y poder, gente deseosa de aventuras y hasta algún criminal del orden común. Los resortes básicos fueron la religiosidad herida, el sentimiento de humillación, el deseo de reparar las injusticias perpetradas en personas indefensas por los funcionarios del callismo, la protección de la pequeña propiedad amenazada y, en suma, el odio al gobierno, un antiguo odio recrudecido, una sensación de hostilidad que venía desde épocas inmemoriales. Desde muy atrás creían los de San José, y antes los del Llano de la Cruz, como los del pueblo de Luvina en la historia de Juan Rulfo, que el gobierno “sólo se acordaba de ellos cuando alguno de sus muchachos había hecho alguna fechoría” y a la hora de cobrar las “contri-

buciones”. Los pacifistas, y sobre todo los ancianos, lo veían como un mal imposible de vencer; pero el ejército cristero se levantó íntimamente convencido de que ese señor, el gobierno, era fácilmente derrotable.

Hay denuncias contra los conjurados. La rebelión se adelanta. Los grupos de otros pueblos se echan para atrás. El 8 de julio de 1927 se sabe en San José que Cojumatlán ya está en pie de lucha y que los rebeldes de aquel pueblo vienen hacia éste. El 9, los 40 de San José salen al encuentro de sus hermanos. Juntos hacen un ejército de 100 hombres a caballo. En columna de dos en fondo entran a San José a la caída del sol. En la plaza dan el grito de ¡Viva Cristo Rey!, hacen los primeros disparos y reciben las primeras ovaciones. Ya oscuro, a las ocho de la noche, los de Cojumatlán comandados por el teniente coronel Enrique Rodríguez, parten a Mazamitla. Los de San José, súbditos del general León Sánchez, toman el callejón de Auchen.²⁶ Durante 10 días andan de un lado para otro, siempre cerca del terruño. A veces se remontan a la sierra del Tigre. Le esconden la cara a los del gobierno; juntan provisiones, atraen a otros a “la causa”; consiguen más rifles; se entrevistan con los generales Jesús Degollado y Prudencio Mendoza en El Faisán, en plena sierra del municipio de Quitu-

.....
²⁶ Bernardo González Cárdenas, “Diario manuscrito, 1927-1929”.

pan. De allá salen dispuestos al ataque, muchos todavía sin miedo, con el valor de la inexperiencia militar.²⁷

El 30 de julio acometen la primera empresa. Caen a Cojumatlán en la madrugada. Durante cuatro horas se intercambian balazos 95 callistas y 30 cristeros. No logran quedarse en la plaza, pero se van de ella con la satisfacción de haber abatido a 28 federales. Toman el camino del poniente. Cruzan cautelosamente, zigzagueando, las lomas y las barranquillas de su meseta. Al amanecer del 9 de agosto descienden al pueblo grande de Teocuitatlán. Vencen a la guarnición; repican las campanas; sacan del cuartel algunas cosas útiles para la guerra, y se ven obligados a salir antes del mediodía. Bernardo González Cárdenas, autor del “diario” de donde se han distribuido estas noticias, dice que vuelven a San José haciendo escalas en Pueblo Nuevo que es simpatizante, y en Toluquilla. De hecho, en toda la meseta son bien recibidos, pero en ninguna parte con tantas muestras de entusiasmo como en San José.²⁸

Han vuelto al terruño con la convicción de que las comunidades agraristas de Jalisco han tomado el partido del gobierno. El resto de la población es simpatizadora. Más o menos confiados salen de San José el 15 de agosto. Dan con cuatro agraristas en el camino

.....
²⁷ Datos comunicados por Honorato González Buenrostro y Salvador Villanueva González.

²⁸ B. González Cárdenas, *op. cit.*

a La Manzanilla y los cuelgan. Se enteran de que una partida de soldados los persigue. Toman la dirección de la sierra,²⁹ la vasta zona donde imperaba la ley de don Prudencio Mendoza, el hombre enjuto, trigüeño, justo y ladino, en cuclillas, fumando. El reino del viejo Mendoza abarca lugares de cinco municipios (Quitupan, Santa María del Oro, Cotija, Tamazula y Jilotlán); es generalmente montañoso; tiene eminencias de respetable altura (Palo Verde, Cerro Blanco, La Cruz, El Cuascomate, El Faisán, El Montoso, Chinito) y barrancas profundas (Agua Fría, Agujas, Burra, Soledad). Hay ríos caudalosos (de las Huertas, Calón-drigo, Algodón, Santa María del Oro y el grande de Tepalcatepec). El feudo de Prudencio Mendoza tenía tierras frías y calientes, poco pobladas de hombres y muy abastecidas de plantas y animales comestibles; era un paraíso difícil donde los cristeros se reunirían con frecuencia.³⁰

El 9 de septiembre se juntan varias partidas y atacan Tecalitlán por tres direcciones. El tiroteo no para durante siete horas. Los sitiados se dan por vencidos. Los sitiadores entran en tropel y con gran estruendo; se tropiezan con 74 federales difuntos. A ellos les matan seis. Poco después de la victoria huyen. Siempre les faltaba parque. Nunca podían sostenerse más de unas

.....
²⁹ *Ibid.*

³⁰ Chávez, *op. cit.*, pp. 56-69, 187-193.

horas en una población tomada. En esa ocasión volvieron a las tierras seguras de Mendoza; cruzaron crecido el río de Santa María del Oro y fueron a celebrar el 16 de septiembre entre montañas. Hubo discursos del médico, de los coroneles Alberto Gutiérrez y David Sánchez y del general sahuayense don Ignacio Sánchez Ramírez. Un poco antes había sido la decisión de Anatolio Partida de apartarse con su gente; un poco después tuvo lugar la visita de Luis Navarro Origel, alias Fermín Gutiérrez, que pretendía ser comandante de la cristera michoacana, igual que Jesús Degollado Guízar.³¹ Ambos traían nombramiento de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa. La principal función de la Liga era fabricar y repartir grados. Los de general se los entregó a los acejotaemeros más piadosos, valientes, picos de oro e inexpertos. Señoritos de ciudad fueron al campo con la pretensión de que los rancheros los obedecieran. Algunos jefes locales se supeditaron; los demás no les hicieron el menor caso, y en primer lugar don Prudencio Mendoza. Antes de Gorostieta no hubo dirección militar entre los rebeldes. La dirección nacional de la Liga era invisible, impalpable y no acatada; los jefes locales nombrados por la Liga resultaron señores de vastas comarcas hasta fechas recientes, cuando escribieron sus memorias y cuando los publicistas de Acción Católica y la buena sociedad les confeccionaron biografías

.....
³¹ B. González Cárdenas, *op. cit.*

ad hoc para hacerlos hombres, santos y mártires. Así, Luis Navarro Origel que anduvo haciéndoles la rueda de pavo real a los cristeros reunidos con sus jefes auténticos, en la madriguera de Mendoza.

El 6 de octubre, los insurgentes de San José de Gracia salieron de la sierra con el propósito de volver a su terruño. En la madrugada del 7 llegaron a él y recibieron la peor impresión de su vida “al verlo quemado, destruido y sin gente”. Como a Martín Fierro, a más de uno “dos lagrimones les rodaron por la cara”. El espectáculo de un pueblo sin ninguna voz, con paredones sin techo, escombros, cenizas, carbón, hierbajos, zacate verde en las calles y en las bardas, tizne en todas partes y aullidos de gatos hambrientos, los conmovió hasta la rabia.

El responsable de la despoblación y la incineración de San José había sido el general Juan B. Izaguirre. El gobierno de la República lo había despachado al frente de 1 000 hombres con buenas armas, equipo y organización, a que venciera a los rebeldes. Entró al occidente de Michoacán con lentitud y con el azoro de quien no conoce la tierra que pisa. Al parecer no aniquiló a ningún grupo insurgente. Se ensañó con la población pacífica. A los 1 000 habitantes de San José, más de la mitad mujeres y niños, les ordenó que abandonaran su pueblo en un lapso de 27 horas. Tenían que irse a poblaciones de cierta importancia.

Se subió para la sierra
a acabar con los cristeros;
se bajó que peloteaba
porque vio muy feos los cerros.

Nuestro plazo era muy corto
para nuestra retirada.
Todos decían ¿para dónde?,
si está la lluvia cerrada.³²

Quince familias más o menos pudientes fueron a refugiarse a Guadalajara y allá a fuerza de préstamos que sus propiedades avalaban pudieron sostenerse con privaciones y zozobras, pero sin los gruñidos del hambre. Alrededor de 25 familias, las más pobres, se fueron a Mazamitla en donde se encontraron con un letrado que decía: “Aquí no se admite gente de San José”. Con todo, don Refugio Reyes mandó borrar la frase y dio alojamiento a un centenar de desamparados.³³ Otras familias buscaron acogida en Jiquilpan, La Manzanilla, Sahuayo y Tizapán. Dondequiera los veían como apestados, y aun los que se compadecían de ellos estaban temerosos de proporcionarles trabajo; temían la represalia del gobierno.

.....
³² Éste y los demás trozos de corridos compuestos entonces son según la versión de quienes me los comunicaron: Agustina y José González Martínez.

³³ Datos comunicados por Margarita Orozco.

Izaguirre dio la orden
de que quemaran el templo,
y en el infierno arderá
con todo su regimiento.

Año de mil novecientos
el veintisiete al contar
fue quemado San José
por gobierno federal.

El general condujo combustible suficiente para achicharrar el pueblo. Quemó casas al por mayor. Amontonaba muebles; los bañaba de petróleo y les prendía fuego; las llamaradas subían hasta los techos. También practicó el deporte de colgar cristeros en los árboles. Los soldados y la gente paupérrima de los lugares próximos se dieron gusto saqueando los escombros del pueblo. Como final de fiesta, Izaguirre sembró sal sobre las ruinas y arreó miles de reses a no se sabe dónde. La gente maltratada se creció al castigo. Los que no se habían atrevido a levantarse antes lo hicieron ahora. El número de levantados subió a 300 en la tenencia de Ornelas o San José.

La chamusca se generalizó al grito de

¡Muera el Supremo Gobierno
y viva el coronel Partida
y viva siempre Cristo Rey!

De Tizapán en adelante

El 8 de octubre, las partidas de San José y Cojumatlán, más numerosas que al principio, asaltan Tizapán. A fuerza de balazos derriban de las torres del templo a muchos guaches. Pelean rudamente todo el día 8 y amanecen peleando el día 9. Los sitiados están a punto de rendirse cuando llega en su auxilio un refuerzo respetable. Los de la cristera salen precipitadamente, dejando 63 enemigos difuntos. Los cristeros pierden solamente a seis.³⁴ En la batalla de Tizapán tomó parte el general de división y jefe de operaciones Luis Navarro Origel, alias Fermín Gutiérrez. En nombre de la Liga trató de imponerse a los insurrectos de San José y Cojumatlán, pero no fue obedecido. El 11 de octubre partió rumbo a Tierra Caliente. Era un hombre de palabra y pluma fáciles. Se atribuyó, en cartas emotivas, numerosos triunfos. Las derrotas las cargó a la cuenta de los campesinos (El Guarachudo, El Perro y otro) y a la falta de ayuda de los promotores catrines de la cristera.³⁵

Todavía menos ayuda que el flamante general Navarro recibían los jefes auténticos de los campesinos, tan despreciados por los cultos acejotaemeros de la capital. Como quiera, contaban con el apoyo de sus coterrá-

.....
³⁴ B. González Cárdenas, *op. cit.*

³⁵ Véase Martín Chowell (seudónimo de Alfonso Trueba), *Luis Navarro Origel, el primer cristero*, México, Editorial Jus, 1959.

neos que les servían de escuchas y les daban de comer. Los pertrechos de guerra se los arrebataban al enemigo. Después de Tizapán, se atrevieron con Jiquilpan.

El ataque a Jiquilpan se hizo en la noche del 23 al 24 de octubre. Los cristeros tomaron la plaza, pero antes de que comenzara a clarear se vieron comprometidos en otro combate. Los tiroteaban de todas partes; estaban sitiados; salieron corriendo a eso de las 9 de la mañana. Allí murieron de la cristera. Gaudencio González, el hermano del padre Federico, cae prisionero. Los verdugos le tumban los dientes a culatazos; le pinchan el cuerpo con un verduguillo; lo cuelgan de un árbol y lo rematan con una puñalada en el pecho. Sus compañeros han salido a toda carrera en absoluto desorden, cada uno por su lado. No se vuelven a juntar hasta el 6 de noviembre al ir en auxilio del general Prudencio Mendoza que anda en apuros.³⁶ En Jiquilpan, los cristeros quemaron los archivos.³⁷

Los días 9 y 10 de noviembre se traba la pelea desde el Fresnal hasta la Cruz. Se combate día y medio sin parar. Si hubiera habido parque quizá no hubiesen tenido que huir, unos hasta Santa María del Oro y los demás a quién sabe dónde. En grupitos fueron llegando al montón de ruinas que era San José. Ganaron una escaramuza en Mazamitla. El padre Leopoldo Gálvez,

.....
³⁶ B. González Cárdenas, *op. cit.*

³⁷ Datos comunicados por don Jesús Mújica, de Jiquilpan.

el “Padre Chiquito”, quebró las ollas de las tamaleras y atoleras que no le quisieron dar de comer y beber. También quiso quemar el templo. La cercanía del general Domínguez cambió el rumbo de las cosas. La columna del general Juan Domínguez se componía de 1 200 hombres. Se internó en la sierra acaparada por Mendoza. Le hicieron el vacío; dejaron las ranherías abandonadas. Con dificultad dio con un hombre dispuesto a propalar proposiciones de amnistía. Varios cristeros se indultaron en esa ocasión, en particular los del Montoso, súbditos de don Prudencio Mendoza. También por los indultos del general y el coronel del grupo josefino, Anatolio Partida asumió la jefatura.³⁸

En aquella ocasión, el general Domínguez despachó a doña Amalia Díaz, mujer muy conocida en vasta zona bajo el apelativo de “La Generala”, a negociar el indulto de los cristeros de San José y su demarcación. La generala era de Concepción de Buenos Aires, lo que se dice Pueblo Nuevo; estaba emparentada con los Sánchez, y logró la rendición de sus parientes, pero de ninguno más.³⁹

La Generala decía,
para evitar más contiendas,
que a todo el que se indultara
una hija le daría.

³⁸ B. González Cárdenas, *op. cit.*

³⁹ Datos comunicados por Honorato González Buenrostro.

“Ni que fuera gata inglesa”,
le contesta el vale Othón.
“¿De dónde agarra tanta hija
para todo un batallón?”
Honorato le contesta
“pa qué quiero zancarrones,
si hay flores en mi tierra
para cortar a montones”.

Otro incidente vino a cambiar la situación. El general Domínguez, al pasar por el despoblado pueblo de San José, encontró como único poblador a la anciana madre de don Federico. Decidió aprehenderla. Domínguez sabía del liderazgo que ejercía el hijo de la viejecita presa en los grupos cristeros del occidente de Michoacán, y supuso que su decisión acarrearía la rendición del padre Federico. Aunque no pasaron las cosas tal como las esperaba el general, de todos modos, el sacerdote se separó de la gente de San José y con un hermano, un primo y un par de asistentes se fue en seguimiento de su madre. La columna de Juan Domínguez abandonó la sierra y luego se metió por Santa María del Oro, a la Tierra Caliente, ya casi toda dominada por los cristeros. Hubo agarres en los que ninguno de los contendientes ganó. El ejército perdía hombres; los levantados, terreno. A la larga, Domínguez, cansado, salió de la zona con una columna mermada y triste, y soltó a doña Herminia a los tres meses de haberla aprehendido.

En la primera mitad de 1928, los cristeros de San José, Sahuayo, Cotija, Tizapán, Pueblo Nuevo, Teocuitatlán y otros pueblos y rancherías andaban entremezclados y divididos en numerosos grupos de 10, 20 y hasta 30 hombres sin dirección militar unificada, sin plan ninguno, mal comidos y peor armados, escondiéndose en barrancas y breñas, ora movidos por el miedo, ora por el valor, haciéndole frente en breves escaramuzas y a la tropa federal, y a los agraristas y a las defensas sociales de los pueblos. Había días buenos y malos, ratos de diversión y momentos de angustia y rara vez una batalla en grande. Unos grupos tuvieron como teatro de operaciones la serranía de don Prudencio Mendoza; otros, la meseta, y otros el volcán y el estado de Colima.

Según el “diario” de Bernardo González Cárdenas, acompañante del padre Federico, lo mismo que Porfirio González Buenrostro y otros, hubo pocas novedades en la “Sierra” y en la Tierra Caliente. Los 10 primeros días del año de 1928 se los pasaron en Coalcomán en banquetes y serenatas, y el resto del primer mes caminando por el rumbo de Jilotlán y Chinicuila. Mientras el padre Federico recorría el distrito de Coalcomán para animar a los defensores, sus acompañantes fueron frecuentemente a cazar venados, y llegaron, después de largos recorridos, a las playas del mar. Casi no hubo incidentes militares, sólo las molestias propias de los tró-

picos (el pinolillo, las alimañas, las fiebres palúdicas, el sopor), y las sierras boscosas y laberínticas.⁴⁰

Mientras tanto Honorato González Buenrostro, investido con el grado de mayor y con un grupo de ocho hombres, se desprendió de Santa María del Oro con el cometido de dirigir las operaciones en la meseta, donde andaban muchos cristeros de San José en desorden. El tránsito fue difícil. Entre mil peripecias, se cuenta la emboscada tendida por los indultados del Montoso que tomaron el partido anticristero. Comoquiera, las más fueron sorpresas gratas. Las insurrecciones de las rancherías estaban en pleno auge. Rafael Madrigal, de Ménguar, encabezaba a 80 hombres de la región de la sierra; Agustín Aguilar, de San Miguel, no traía menos de 30 seguidores. Los levantados de Cojumatlán eran ya 400. “El Chaparro” comandaba a un buen número de sahuayenses. Los rebeldes que recorrían la meseta sumaban cerca de 1 000 y peleaban día a día con los “guaches” y las “defensas” adictas al bando gubernamental.

Por febrero de 1928, el mayor González Buenrostro convocó a una reunión de jefes. La junta se hizo en Cojumatlán. Mientras discutían planes de defensa y ataque, los atacaron tres columnas de tropa disciplinada y el aguerrido grupo de “La Chiscuaza” que era la pluma de vomitar de los de San José. Hubo combates cuerpo a

.....
⁴⁰ B. González Cárdenas, *op. cit.*

cuerpo, de persona a persona. En uno de ellos cayó “La Chiscuaza”. Ésa fue la señal de la victoria. El ejército recogió a su difunto ilustre y tomó las de Villadiego.

“Ufemio”, por ti lo digo,
el gato se te durmió,
en ese Cojumatlán
un valiente te mató.

Toda la primera mitad de 1928 fue de continuas hazañas y percances para los cristeros de la meseta. En grupos de ocho a 30 individuos, todos diestros jinetes, se enfrentaban o le sacaban el bulto, según convenía, a las tropas montadas de los generales Anacleto Guerrero y Anselmo Macías Valenzuela. Había en promedio cuatro escaramuzas y combates minúsculos por semana. Dos o tres veces presentaron batalla formal que siempre quedaba indecisa y con más muertos en el bando antirrebelde, aunque los descalabros sufridos por la cristera eran también cuantiosos. En el combate que hubo el Viernes Santo en las cercanías de Cojumatlán quedaron tendidos más de 40 cristeros. Tampoco la batalla de La Sabinilla fue incruenta. Pero como aquello no era una guerra en toda forma, era una lucha de guerrillas, lo común era la escaramuza, el encuentro fugaz, la refriega poco lucidora que no se presta al lucimiento de los generales, pero sí al de los pequeños caudillos y soldados. Se podrían referir aquí las hazañosas proe-

zas de los Pulido (Ramiro, José e Isidro), de los Ávila (Adolfo y Antonio), de los Villanueva (Faustino y Salvador), de los González (Luis Manuel, Honorato, etc.) y de Agustín Aguilar.⁴¹

Otro grupo en plena lucha era el de Anatolio Partida. Traía unos 250 soldados. Muchos eran de San José y las ranherías cercanas; otros provenían de La Manzanilla, Pueblo Nuevo y sus jurisdicciones. En fin, traía rancheros de muchas partes con los que emprendió la hazaña mayor de tomar Manzanillo. La toma del puerto fue proyectada minuciosamente por el general Degollado Guízar. Se reunieron para ejecutarla ocho jefes cristeros y cerca de 1 000 hombres. El 22 de mayo se juntaron en Pueblo Nuevo; el 23 emprendieron la marcha repartidos en tres columnas (la del flanco izquierdo mandada por Anatolio Partida). El 24 entraron en Manzanillo y se echaron sobre la aduana. Momentos después un tren repleto de federales se introdujo hasta el puerto y los cristeros huyeron precipitadamente. Fue una acción de armas importante y sangrienta en la que murieron centenares de levantados.⁴² El general afirma en sus *Memorias* recientemente publicadas, que en los combates de Manzanillo “se destacaron en forma extraordinaria los mayores don Anatolio Partida y don

.....
⁴¹ Datos comunicados por Salvador Villanueva González.

⁴² Datos comunicados por Anatolio Partida Pulido.

Rafael Covarrubias”.⁴³ Muchos viejos del sur de Jalisco y Colima también recuerdan a los cristeros, al conjunto y no únicamente a los de San José y zonas aledañas, por los empréstitos forzosos exigidos a terratenientes y comerciantes, y por la forma como se hacían de caballos, armamentos, municiones y muchachas. No se puede decir que sus fechorías les atrajeron la enemiga de los ricos porque nunca contaron con el favor de ellos, pero sí la de algunos sectores mayoritarios de la población.

Al comenzar el temporal de lluvias de 1928, la guerra se estancó. Hubo menos entradas de los federales a las zonas cristeras. Tampoco a los grupos de levantados, aunque más numerosos más pequeños y menos abastecidos, se les ocurrió salir de sus “bebederos”. En la zona de don Prudencio Mendoza, desde donde el padre Federico trataba de coordinar las operaciones de los cristeros del noroeste de Michoacán y porciones limítrofes de Jalisco, después del aguacero del 22 de mayo, se registran media docena de escaramuzas: subida de los callistas a la sierra e incendio de rancharías; ataque cristero, dos días después, el 15 de julio, al tren de Los Reyes; acciones de Gallineros, el día 18, y Lagunillas, el 12 de agosto, más combate de San Cristóbal, el día 15. La poca actividad bélica permitió a muchos serranos cultivar milpas y ordeñar vacas. Los que andaban, como muchos de San José, alejados de su

.....
⁴³ Degollado Guízar, *op. cit.*, pp. 138-149.

terruño, agotaron los días y las noches de aquel temporal de aguas resistiendo tormentas sobre el lomo de sus cabalgaduras, recibiendo noticias alentadoras como la de la muerte de Obregón, tomando parte en ejercicios religiosos presididos por el padre Federico o algún otro capellán de la cristera, escribiendo cartas a familiares y novias, y celebrando, un día aquí y otro allá, este o aquel acontecimiento, especialmente el de la repoblación de San José.⁴⁴

Al comenzar el temporal de lluvias de 1928, San José era todavía una lástima: casas solas, chamuscadas y con techos desfundados, zacatonales, capitanejas, yerbamoras y tornalocos en las calles y entre los escombros, y algarabía de coyotes y gatos. Pero apenas habían entrado las aguas, quizá a la vista de lo contraproducente de la “concentración”, quizá conmovidos por la miseria que padecían los evacuados, las autoridades civiles y militares permitieron la repoblación de San José y las rancherías circunvecinas. Casi toda la gente, flaca y harapienta, volvió a juntarse en el pueblo y los ranchos. Las mujeres y los niños se dieron a la tarea de reacondicionar las casas para vivir, mientras los ancianos iban a rehacer milpas, buscar las vacas sobrantes y ordeñarlas. También volvieron a servirles de espías y de proveedores a los levantados en armas. Se intentó desterrarlos

.....
⁴⁴ B. González Cárdenas, *op. cit.*, y Federico González Cárdenas, “Diario, 1928-1929”.

de nuevo, pero ya no fue posible; ya sabían cómo defenderse del gobierno; cómo usar la política contra los políticos; cómo esgrimir las artes del disimulo. Entre junio y julio volvió más de la mitad de la gente.⁴⁵

Otra buena noticia para las personas empeñadas en la revolución contra Calles fue el nombramiento, el 28 de octubre de 1928, del general Enrique Gorostieta como supremo jefe del movimiento libertador. Se rumoraba desde antes que era un militar con todas las de la ley y se supo poco después el contenido de su manifiesto donde dio a conocer en 15 puntos y 14 incisos el plan peleado por la cristeriada: todas las libertades de la Constitución de 1857 “sin las leyes de Reforma”; desconocimiento de los poderes; leyes nacidas de los anhelos y tradiciones populares; participación de la mujer en los plebiscitos; sindicalismo; convenios entre ejidatarios y propietarios para el pago de indemnizaciones; distribución “de propiedades rurales en forma justa y equitativa y previa indemnización”; propiedad asequible al mayor número; bautizo de la lucha con el nombre de Guardia Nacional, y uso del lema “Dios, Patria y Libertad”. Conforme a esos principios, el general Gorostieta reorganizaría la rebelión cristera contra el gobierno; daría unidad a la “acción libertadora” sin “retroceder ante la orden que le imponía la representación

⁴⁵ Noticias obtenidas de diversas personas que fueron testigos presenciales, ya como actores, ya como víctimas.

nacional”.⁴⁶ Mientras tanto se aplaudía la campaña de Vasconcelos para llegar a la Presidencia de la República y se lamentaba entre los directores intelectuales del movimiento cristero la penuria, el desorden y las fechorías de las tropas cristeras.

Al finalizar el año de 1928, la gente de San José de Gracia andaba desperdigada. El grupo mayor fue conducido por Anatolio Partida a Los Altos de Jalisco, donde se sintió en corral ajeno. Comoquiera, tomó parte en la batalla habida por el rumbo de Atotonilco y en diversas escaramuzas. Hizo buen papel ante el enemigo y discutible ante la propiedad y las mujeres.⁴⁷ Un alto jefe de aquella zona le llamó la atención a Partida por los desmanes amorosos de su tropa. Anatolio repuso: “Yo traigo hombres, no jotos”. Los numerosos grupos que permanecían en la meseta y la sierra agotaban los días de octubre y noviembre en caminatas, breves escaramuzas, cacería de venados, haciendo recuerdos de cuando eran pacíficos, durmiendo en un punto ahora y mañana en otro, afiebrados y tiritantes por el paludismo, casi sin municiones y con la ropa despedazada; con escasas ocasiones para el amor y menos para el trago. A Porfirio González lo iban a fusilar por haber bebido un poco de alcohol destinado a los heridos. Rara vez recibían noticias y siempre contradictorias sobre el curso

.....
⁴⁶ Olivera, *op. cit.*, pp. 193-195, 203-205.

⁴⁷ Datos comunicados por Anatolio Partida Pulido.

de la guerra. Muy pocas veces se hicieron de parque y el 12 de noviembre les llegó una muda de ropa a cada uno, lo que les quitó los piojos por algún tiempo.⁴⁸

Los piojos blancos eran los peores; producían una comezón incesante, ronchas y llagas. Anidaban especialmente en la mota del cordón de San Blas, en los escapularios y en las reliquias, en objetos de los que no podían desprenderse los defensores de Cristo Rey porque eran parte de su religiosidad, de tanto valor como las misas que les decía el padre Federico y las frecuentes confesiones y comuniones. La religiosidad de los cristeros de San José se mantenía tan compleja y combativa como al principio. Por otra parte, ya iban perdiendo el miedo. Ya nadie, ni siquiera “La Monedita”, se ponía a vomitar al empezar los combates. En fin, no se daban indicios de desaliento. Cuando en los últimos días de 1928 y los primeros de 1929 se presentaron nuevas ocasiones de combatir, pelearon valerosamente; así en el Sauz como en la Cuesta de la Guerra.

El 22 de noviembre, el padre Federico y el general Sánchez Ramírez acordaron reunir a los cristeros de la meseta, la sierra y los valles circundantes para enfrentarse a las tropas del gobierno que se acercaban por todos lados. Desde octubre corrían los rumores, los decires, los díceres de que eran muchos, muchísimos, muchísimos. Venían de abajo, trepaban, reptaban, cascabe-

.....
⁴⁸ B. González Cárdenas, *op. cit.*

leaban y hacían sonar sus cornetas y clarines. La fiesta de la Virgen de Guadalupe, con velación del Santísimo, misas, confesiones, sermón y comuniones, se hizo a sabiendas de la cercanía del enemigo que la noche del 15 llegó al Sauz, “donde se encontraba reunida la gente”, y donde chamuscó casas al por mayor. Al romper el alba empezó el combate. Hubo una pausa de silencio a eso del mediodía, a la hora del rancho. A las tres de la tarde se reanudó la pelea, y así hasta el pardear, cuando el atacante, sintiéndose tiroteado por la retaguardia, se retiró a su cuartel donde disparó toda la noche para amedrentar a los defensores. Al otro día ahí estuvo de vuelta, pero sin provecho. Unos soldados atacaban por el lado de Aguacaliente, otros por el Agostadero. Y los defensores no se iban. Éstos, por lo ruin del parque, hacían fuego sólo cuando veían el blanco, o mejor dicho el verde, cerca, muy cerca. Los soldados andaban vestidos de color verde para que se les confundiera con los árboles, color que sirvió para distinguirlos de los compañeros. El mismo día 16 se retiraron furiosos, según lo dejaron ver por la matanza de animales que hicieron y por otros estropicios. No es que se fueran muy lejos; pensaban volver con mejores ánimos y mejores armas.⁴⁹

Hasta entonces, el aire de San José y alrededores había estado rigurosamente reservado para los verdaderos pájaros, pero a partir del día en que el general

.....
⁴⁹ F. González Cárdenas, *op. cit.*

Bouquet (con más de 500 hombres a su mando) se reunió con Honorato González y su gente en la explanada de El Sabino, las cosas cambiaron. En plena madrugada se empezó a oír el rugido de los aviones. Luego se vio cómo las bombas arrojadas por ellos hacían arder el pasto. Los cristeros no esperaron más; huyeron a todo huir hacia el sur. Volvieron a juntarse 20 kilómetros más allá, en El Zapatero, en una cortísima llanura circundada por altas montañas y pinares. Allí se disponían a comer por primera vez en el día, a eso de las seis de la tarde, cuando advirtieron que estaban cercados por un titipuchal de gente y un círculo de fuego. Detrás del cerco de lumbre estaba el cinturón de los federales. Ambos cercos fueron traspasados, y muchos murieron en el empeño. Por semanas quedó, en lo que desde entonces se llamaría la Cuesta de la Guerra, un penetrante hedor a sangre.⁵⁰

El mes de enero de 1929 es de desasosiego, sobresaltos y peleas. El padre Federico escribe en su diario: “Hace un año íbamos llegando a Coalcomán con la esperanza de que en el año de 28 habría terminado todo y ahora creemos que podemos durar otro más”. Las noticias eran desalentadoras: “gobierno” en Los Reyes; ataque y caída de Santa Inés; delegado eclesiástico que trata de convencer al padre Federico de que se retire, pues “los trabajos de los defensores son inútiles y per-

.....
⁵⁰ Testimonio de Honorato González.

judiciales”; federales en Jiquilpan; noticia de que el valeroso jefe cristero Ramón Aguilar había perdido toda la caballada; rumores de arreglos; recibo de un periódico con la noticia de que el arzobispo De la Mora, en una pastoral, pedía la entrega de las armas. “No creímos que pudiera ser así”, escribe el padre Federico. “Nos desayunamos con chocolate y pan... Nos dijeron que de hoy a mañana nos atacaría el gobierno... Compramos un puerquito en diez pesos... Comí chicharrones. Hacía un año y medio que no los comía... Nos pusimos en marcha después del almuerzo... Ya noche supimos vagamente que Gorostieta había llegado... salimos a entrevistarle en medio de fuerte lluvia”.

El jefe supremo ponía en marcha su plan de reorganización. Escoltado por Anatolio Partida y su gente, el general Gorostieta venía en busca de los cristeros michoacanos. El 29 “se empezó el trabajo de organización de las tropas”. El 2 de febrero “se hizo la división del sector San José” y se le puso como general a Anatolio Partida. Algunos hicieron propaganda para que los de San José se supeditaran a los de Sahuayo. Eso trajo dificultades. Los sahuayenses se quedaron con el general Sánchez Ramírez y sus discursos. Gorostieta se hizo respetar y querer, ratificó y rectificó grados, discutió planes de combate, infundió coraje y contagió su esperanza en la proximidad del triunfo. El 5 de febrero empezó una nueva era. Se rompió una taza y cada quien se fue para su casa. Anatolio se fue para San José; el padre

Federico por el rumbo de don Prudencio. Gorostieta tampoco se retiró mucho. Los del gobierno olfatearon la cercanía del general en jefe. Se pusieron en actividad tropas de línea y defensas rurales. “Antes de amanecer”, mucho antes, a eso de las tres a.m., “nos sentimos rodeados. Procuramos salir...”. No había municiones.

A comienzos de marzo el padre Federico se traslada a su mera tierra. Entrevista a Anatolio Partida, a Rubén Guízar y a los cabecillas cristeros de Cojumatlán; corrige desavenencias. El 7 “después de cenar”, le dio un dolor muy fuerte; pasó toda la noche muriéndose. Todavía el día 9 estaba “imposibilitado para dar un paso”, pero ya el 10 se reanima con la llegada de Honorato González que volvía de Guadalajara con buen cargamento de cartuchos. A deshoras de la noche lo había pasado a través de la laguna de Chapala en una canoa. Corre la noticia. Se junta gente y se prepara una expedición. Anatolio Partida, ya convertido en flamante general de la División de San José, se apodera de Pueblo Nuevo y se hace de más armas. Delgadillo se incorpora a la lucha, lo mismo que muchos de Pueblo Nuevo. El mayor Honorato González entra en la hacienda azucarera de Contla. Vuelve Gorostieta. Los de San José se juntan en su pueblo para celebrar la festividad de San José. Aquello fue muy alegre. Hubo música de fonógrafo, licores, comilonas y serenatas. El 21 llega el general Gorostieta. Todo el pueblo se reúne en la plaza. El general, en un discurso muy vitoreado, exhorta a seguir la lucha en de-

fensa de la libertad y de la religión. Es el paréntesis de paz prohibido por la rebelión escobarista.⁵¹

El general José Gonzalo Escobar, inconforme con las maniobras políticas de Calles, había promovido, el 9 de marzo, una serie de levantamientos en las zonas periféricas del país y había pactado con los cristeros. La rebelión escobarista ardió principalmente en el norte. Allí fue el general Calles al frente de las tropas fieles al gobierno y en un santiamén la aplastó.⁵² En mayo se acabó el escobarismo, pero tomó fuerza la revolución cristera. Entonces se desbarató también la campaña vasconcelista, pero en el occidente de Michoacán los grupos cristeros participaron en dos encuentros memorables. Varios jefes y grupos reunidos, alrededor de 900 hombres, a fuerza de balacear y horadar muros, se metieron a Tepalcatepec el 4 de mayo de 1929.⁵³ No fue una victoria duradera, pero fue seguida de otras batallas importantes, como la del Talayote, a las orillas del lago de Chapala, y de varias escaramuzas que los rebeldes se anotaron a su favor. Con todo, eran los últimos resplandores de la chamusca. Empezaban a soplar vientos raros, a correr noticias de que los obispos se estaban entendiendo con el gobierno, a nacer la alarma y a morir el entusiasmo.

.....

⁵¹ F. González Cárdenas, *op. cit.*

⁵² Olivera, *op. cit.*, pp. 224-227.

⁵³ Datos comunicados por Salvador Villanueva González.

San José de Gracia vuelve a levantar cabeza

Los periódicos propalaron la noticia de la muerte del general Gorostieta en una emboscada, el 2 de junio de 1929. Los dirigentes católicos que en aquel momento estaban negociando un *modus vivendi* con el gobierno, la encontraron providencial.⁵⁴ El 5 de junio, en el castillo de Chapultepec, don Emilio Portes Gil y los obispos Ruiz, delegado apostólico, y Díaz, arzobispo de México, conversaron largamente. Poco después se acordó la reanudación del culto, la devolución de templos y accesorios a la Iglesia, y la amnistía a los levantados en armas. Lo acordado se firmó el 21 de junio.⁵⁵ Las autoridades eclesiásticas urgieron a las partidas de rebeldes que cesaran la lucha; las militares hicieron igual con las tropas anticristeras. “El domingo 30 de junio de 1929, las iglesias de México volvieron a abrirse”. No la de San José ni la de otros varios pueblos porque estaban quemadas. En San José se reanudó el culto en la casa del cristero Juan Gudirio.⁵⁶ La gente acudió a los oficios religiosos con más fervor que nunca. Muy pocos celebraron el *modus vivendi*, y muchísimos lo lamentaron.

.....
⁵⁴ Olivera, *op cit.*, p. 233.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 235-237.

⁵⁶ Datos comunicados por Juan Gudirio.

Los cristeros, obedientes, acudieron de mala gana al indulto dictaminado por Pascual Díaz.

Se convino que los cristeros de San José se indultaran en su pueblo. Ya no quedaba más salida que el indulto. La sencilla ceremonia en el destruido portal del norte, frente al árbol churi, fue presidida por el general Félix Ireta. Uno por uno de los sublevados fue deponiendo las armas, cada uno la más vieja y malucona, porque todos se guardaron la mejor. “No crean que nos hacen tarugos”, decía Rafael Picazo, representante de la autoridad civil en la ceremonia de indulto, “pero como se quiere la paz, les aceptamos la pedacera de fierros que nos entregan en vez de las armas con que pelearon”. La tropa se fue con aquellas mugres.⁵⁷ La gente del pueblo se dolió de los caídos: Agustín Aguilar, Demetrio Bautista, Salvador Buenrostro, Francisco y Román Cárdenas, José Gudiño, Manuel Chávez, Gaudencio y Jesús González, Luis Manjarrez, José Guadalupe Mancilla, Ramiro Pulido, Agustín Sánchez y otros. Casi todos ellos serían elevados a los altares privados, y muchos se dirigían a ellos como si fueran santos del calendario para pedirles favores, milagros y todo lo que se pide a los miembros de la corte celestial. En cambio, los que no habían muerto peleando o los que ni siquiera habían peleado cayeron en el purgatorio en que se había convertido su tierra, purgatorio de pobreza, injusticia y malos sentimientos.

.....
⁵⁷ Datos comunicados por Salvador Villanueva González.

El ambiente natural pasó por un mal tiempo. El año de 1929 se abre con fuertes heladas. Las últimas, que perjudican muy seriamente los cultivos invernales y sobre todo la ganadería, caen los días 13 y 15 de marzo. Fríos y secos son los años de 1930 a 1933. Por ejemplo, el de 1932 no puede ser peor con temblores y lluvias veraniegas sumamente raquílicas, con escasísimas lluvias seguidas de heladas fuertes y numerosas. Las milpas acaban secas y dobladas por la tierra dura y los ventarrones fríos de octubre. La producción de maíz y frijol no alcanza a cubrir el consumo local. Se tienen que comprar semillas a precios altísimos, a 110 pesos la tonelada de maíz y a 280 pesos la de frijol.⁵⁸ Y como si esto fuera poco, las vacas se mueren a montones. A las malas cosechas siguen las heladas y la sequía que se chupa a las reses. De los bovinos, ya menguados por los robos de la tropa federal y el consumo de la tropa criatera, los 3 000 o 4 000 sobrantes quedan reducidos a la mitad en aquella “seca” de 1932. La miseria sube a hogares de la medianía. El usurero de la población, pues en San José nunca ha faltado usurero, hinca el diente. La gente dice que “hay crisis”; come mal, viste peor y se abriga en las casas a medio rehacer, en reconstrucción. Milpas tristes, ordeñas menguadas y escasez de trabajo son los autores de un malestar generalizado.

.....
⁵⁸ Josefina González Cárdenas, Cuadernos de cuentas.

Tampoco el ambiente político era alentador. El general Calles siguió gobernando a México por medio de presidentes, gobernadores y munícipes peleles. El armisticio no fue respetado del todo y por toda la maquinaria gubernamental. El presidente exigió la expatriación del arzobispo Orozco y Jiménez; el 27 de julio afirmó algo diferente a lo convenido con los prelados, y por último se negó a devolver muchos templos. Don Pascual Ortiz Rubio, el segundo presidente pelele, volvió a la idea de limitar el número de templos abiertos y a las expresiones anticlericales de la vieja marca callista. Los gobernadores de algunos estados continuaron la persecución religiosa. El general Lázaro Cárdenas, gobernador de Michoacán, toleró las quemas de santos emprendidas por grupos de “desfanatizadores”, aunque las metas de su gobierno se levantaban muy por encima de los desahogos de la “callada”. La tolerancia gubernamental fue tan grande en un principio para San José que el nombramiento de jefe de tenencia se le dio al exseminarista y declarado procristero Daniel González Cárdenas. Hasta 1930, la autoridad local tuvo todo el mando, pero en adelante se vio obligada a supeditarse a un destacamento militar que venía mandado por el teniente “Ino”. Éste, fuera de declarar pública y solemnemente que la “canción que se llama ino no es una canción porque es un ino”, y de opinar sobre esto y aquello, no hizo destrozo ni beneficio alguno.⁵⁹

.....
⁵⁹ Datos comunicados por Porfirio González Buenrostro.

El ambiente social en San José era otra cosa. Al terminar la revolución cristera muchos soldados de Cristo Rey habían dejado de ser amigos de algunos de sus compañeros y varios simpatizantes del movimiento en sus principios se enemistaron con él a los finales. No todas las voluntades de San José concordaban como en 1927. Había desavenencias y algunos políticos interesados en acabar con los excristeros las alentaban. Ciertamente los de aquí se dieron cuenta de la trampa, como no sucedió con los de Cojumatlán, pero eso no bastó para rehacer la concordia. Aparte de las desavenencias personales, se padecían las exhibiciones de la barbarie contraída durante la guerra: tiros al aire, fanfarronerías, insultos, riñas, acrobacias y borracheras. Tampoco faltó el grupo de bandoleros que sigue a toda revolución. “Manga Morada” fue el jefe de ese grupo. Uno de sus gustos era el de sentarse en los hombros de los colgados al momento de subirlos. Pero malquerencias personales, malas maneras y bandolerismo eran males menores al lado de ciertos sentimientos relacionados con la miseria y la injusticia.

El odio siguió siendo el sentimiento predominante. En vísperas de la rebelión fue el principal resorte de los futuros rebeldes; a lo largo de la lucha fue la razón de los módicos triunfos ganados al gobierno. Antes y durante la guerra la ira desempeñó un papel, si se quiere discutible, pero no inútil ni maléfico como el que produjo después. Objetivos de la ira posbélica fueron,

además de la maquinaria gubernamental y de los agraristas, la jerarquía eclesiástica mexicana y todos los que no ayudaron al movimiento cristero o lo estorbaron. Entre los ingredientes de ese odio se encuentra la impotencia para ponerlo en marcha, la amargura de no poder agredir al enemigo y menos tritularlo, el deseo impotente de venganza y el furor incesante. La ira condujo a varios a la maldad pura, a convenirse en hombres de “mal corazón” dispuestos a dar palos de ciego. A los otros los arrastró al campo del resentimiento. No a los viejos ni los adultos mayores, pero sí a muchos de todas las demás edades. En ayuda del odio, detrás o adelante del odio, acompañándolo, estimulándolo, alimentándolo, rondaron por el pueblo las malas pasiones.

Otra vez como en los años de la preguerra el sentimiento de odio se basa, además de en la miseria y la injusticia, en el sentimiento de humillación. Los excristeros y sus simpatizadores se sienten doblemente humillados. Los han humillado las autoridades eclesiásticas. Tienen la sensación de que unas y otras se han reído de ellos y han despreciado su sacrificio. Quizá más que nada les duele la conducta de los obispos, de ese Pascual Díaz y de ese Ruiz y Flores que los entregaron atados de pies y manos a sus enemigos. El fogoso cristero don Leopoldo Gálvez, el “Padre Chiquito”, escribe su Grande ofertorio de opiniones y esperanzas para un sacrificio. Busca inútilmente una asociación católica que costee su publicación. Nadie quiere oír desahogos, es-

cuchar frases como ésta: “el pueblo de México quedó, ahora sí, humillado”. “No sé cómo tuvieron corazón los Ilustrísimos contratantes para entregar así, sin contemplaciones de ningún género, a los hijos en manos de los verdugos”. “¿Por qué se suspendió el culto católico hace tres años... si había de reanudarse bajo las mismas condiciones inaceptables...?”. “¿Qué los esfuerzos heroicos de miles de humildísimos cristianos... con las armas en la mano, no significan nada?”. “¿O es que para el pueblo no se hicieron los higos y las manzanas, apenas las tunas y los magueyes?”. “Como no todos fueron lo suficientemente hombres para tomar las armas en nombre de Dios... Dios nos humilló hasta orillarnos a aceptar el yugo”.⁶⁰ Y como el Padre Chiquito, todos sus coterráneos y compañeros de armas, “nomás que a escondidas”, manifestaron el sentimiento de humillación.

Miseria, humillación e injusticia producen miedo y desconfianza. Los excristeros se sienten acosados. “Muchos han sido muertos misteriosamente después del indulto”. “En Cojumatlán no han dejado vivo a ningún excristero”. “Acabarán con todos nosotros”. Cada uno de los sobrevivientes ve en cada esquina de la calle un peligro, un hombre agazapado que lo matará irremisiblemente. Presas del miedo, muchos dan la estampida. Ven como única solución el escapar de sus

⁶⁰ Leopoldo Gálvez, *Grande ofertorio de opiniones y esperanzas para un sacrificio*.

perseguidores y no encuentran mejor refugio que el de las ciudades. Allá van a México a esconderse entre las multitudes, en 1930, 1931 y 1932. Por supuesto que los peligros provocadores del miedo existen. Dondequiera matan a excristeros. Lo malo, lo verdaderamente malo es que los temores, además de producir fugas, hacen del confiado pueblo de San José un nido de desconfianza y telarañas de engaños.

Tanto los que se van como los que se quedan se vuelven desconfiados. Huelga decir que han perdido desde mucho antes la confianza en el gobierno. Pasada la cristera también dejan de confiar en los obispos: “pierden la fe que en ellos pusieron cuando el episcopado salió con una y un pedazo, con arreglos a medias”, al decir del Padre Chiquito.⁶¹ De hecho, la desconfianza se extiende a todos los prójimos. Tienen miedo de confiar en los demás. El gran pecado de la desconfianza se mete en el alma de la mayoría de los josefinos, quizá en los sitios ocupados antes por el amor, quizá en los casilleros donde anteriormente se cultivaban verdades. Las personas siguen diciendo que es muy bonito decir siempre la verdad, pero lo dicen para defenderse del engaño de los otros o para engañados dándoselas de veraces ante los demás. Se fabrica toda una atmósfera de engaño, una vasta telaraña de mentiras y, en el mejor de los casos, una conjuración de voces bajas. Si les pre-

.....
⁶¹ *Ibid.*

guntaran por las causas de las ridículas manías de perseguidos que han adoptado, contestarían: “Los hijos de la noche son más sagaces que los hijos de la luz”.

No es de pensar que el obispo Fulcheri y Pietrasanta fuera consciente de la madeja de sentimientos nocivos que estaban a punto de estrangular a los parroquianos de San José de Gracia. Quizá consideraba pecados menudos el dejarse arrastrar por los sentimientos de odio, humillación, miedo y desconfianza. Quizá no catalogara como pecado de orgullo la convicción de los exluchadores de Cristo de que ellos eran, si no absolutamente justos, sí mejores que los demás. Se consolaban con la idea de que ellos sobresalían de entre una multitud de cobardes que huyeron en vez de tomar las armas contra el enemigo de Dios. Se dieron el lujo de despreciar a los que no habían peleado o a los que solicitaron el indulto antes del término de la guerra. No les cabía la menor duda de que ellos pertenecían a los elegidos y los del bando contrario a los réprobos.

Contra todo eso tuvo que combatir el padre Pablito. El obispo Fulcheri decidió elevar a la categoría de parroquia la vicaría de San José de Gracia y nombró como primer párroco a Pablo González, nativo de Cotija, quien, ordenado en vísperas de la cristera, alcanzó a ser profesor del seminario durante algunos meses. Cuando todos los clérigos huyeron de Zamora por la persecución, el joven sacerdote vestido de obrero recorría la pequeña ciudad, “repartiendo la gracia de los sa-

cramentos en casas particulares”.⁶² En agosto de 1929, el padre Pablito entró a San José cargando las virtudes que se habían esfumado en el pueblo a donde llegó. El padre era misericordioso, manso, digno, apacible, con altas dosis de serenidad, confianza y celo apostólico. Fue una contrayerba para las pasiones venenosas de San José. No logró exterminarlas en dos años, pero evitó que exterminaran al pueblo.

El padre Pablito promovió la paz cristiana, la piedad, la vida conventual y la cultura. En los sermones predicó el amor, el perdón, la mansedumbre, la virtud y el decoro. Llamó a ejercicios religiosos a señores, señoras y señoritas. Obtuvo que muchos asistentes al acto cuaresmal dirigieran el odio contra sus propias personas. Cientos de ejercitantes en las tandas de 1930 a 1931, en el templo de paredes y piso ahumados, ennegrecidos por las llamas, recién cubierto de tejas y con altares todavía ruinosos, cientos de ejercitantes escucharon en silencio las palabras del señor cura sobre el pecado, la muerte, el juicio, el infierno, el hijo pródigo y la gloria, en la noche y en la oscuridad, por siete días y en dos ocasiones, escucharon, meditaron, se autodisciplinaron, lloraron y cantaron “Perdón ¡oh Dios mío! ¡Perdón e indulgencia!”; prometieron perdonar a los enemigos, ayudarse mutuamente, ser justos y limpios de corazón; lo prometieron con más fuerza que nunca,

.....
⁶² Rodríguez Zetina, *op. cit.*, p. 365.

más convictos, más seguros. Habían hecho ejercicios todos los años, pero ningunos tan bien hechos como los dirigidos por el padre Pablito.

Fuera de los ejercicios hubo muchas otras ocasiones para encaminarse a la piedad y el ascetismo, aducidas por el confesionario, la misa y el rosario de todos los días y las juntas de las asociaciones religiosas. Aparte de Hijas de María y Vela Perpetua, el padre Pablito constituyó para los jóvenes de sexo masculino la congregación de San Luis Gonzaga que, como su advocación lo indica, era para contener los erotismos y mantenerse puro, y la congregación de Santa Teresita del Niño Jesús para las señoritas descontentas con la austeridad de las Hijas de María. A los señores casados se les dotó de la UCM (Unión Católica Mexicana) y a las mujeres de aquéllos de la UFCM (Unión Femenina Católica Mexicana). Una vez a la semana, los miembros de cada club se reunían; escuchaban las instrucciones sobre ejercicios piadosos dadas por el comité directivo de Zamora, la lectura de obras pías y la explicación del señor cura; rezaban jaculatorias y por lo menos una estación de cinco padrenuestros y cinco avemarías, y meditaban...⁶³

Para los párvulos y las niñas pequeñas se tuvo otra vez la escuela de las Hermanas de los Pobres y Siervas del Sagrado Corazón, más conocida como “escuela de

.....
⁶³ Archivo particular de Josefina González Cárdenas.

las madres”, o “asilo”, que funcionó en una casa particular, pues la suya propia había quedado bien quemada y ruinosa. El gobierno también decidió poner escuela en San José. Nombró para que la atendieran a don Braulio Valdovinos, a don Francisco Melgoza, al alegre exseminarista José González “El Gordo” y a la eficaz y bondadosa maestra, señorita Josefina Barragán. Por otra parte, la autoridad decidió, allá por 1931, que con la escuela oficial, donde se podían atender hasta 150 niños, bastaba en una población que apenas llegaba a los 500 chamacos en edad escolar, y suprimió el plantel de las madres. Lo hizo porque entonces estaba de moda desfanatizar a la gente, y si en San José la desfanatización no surtió efecto, fue por falta de desfanatizadores, pues los tres maestros nombrados para sustituir a las religiosas eran fanáticos, devotos de misa diaria.⁶⁴

Don Pablo siguió adelante. Una de sus actividades fue la de esparcir jóvenes josefinos en diversas órdenes religiosas. Mandó un puñado de señoritas a la orden de las Hermanas de los Pobres, o para abreviar, de las madres de Zamora; otro, de varones, para convertirse en Hermanos de las Escuelas Cristianas, y por último, cuando se fue a la capital con el fin de hacerse jesuita, en febrero de 1932, se llevó consigo a seis adolescentes que depositó en el colegio capitalino de Santa Julia, regentado por los padres

.....
⁶⁴ Datos comunicados por Josefina Barragán y Daniel González Cárdenas.

de San Juan Bosco. Tampoco se olvidó de su seminario de Zamora, a donde fueron enviados un trío de josefinos. En total, salieron hacia la santificación más de 15 jóvenes y los más remataron en el comercio.⁶⁵

San José de Gracia tenía entonces para dar y prestar; tenía más gente que en ninguna fecha anterior. La destrucción fue una especie de poda. De no haber dejado ni personas ni casas en 1927, del cero se pasó en año y medio a una población de 1 600 personas (o de 1 485 según el censo nacional de 1930) repartidos en 200 escombros en proceso de reconstrucción. Al fin del destierro y de la cristera, los antes rancheros trataron de avendarse en San José. En las rancherías se quedaron las dos terceras partes de los que había en 1921. La tenencia en su conjunto sufrió una merma considerable de 490 habitantes según los censos, y de poco más según otras estimaciones. Muchos ya no regresaron pasada la rebelión y a los demás faltantes los mató la guerra o la enfermedad. En suma, el pueblo creció 55%; las rancherías bajaron 42% y el conjunto sufrió una merma demográfica de 15% en los nueve años que van de 1921 a 1930. La tenencia volvió a la población de 1890 por lo que toca al número, no a la estructura.⁶⁶

.....
⁶⁵ Datos comunicados por José Castillo Mendoza.

⁶⁶ Dirección General de Estadística, Quinto censo de población. 15 de mayo de 1930. Estado de Michoacán, pp. 67-68.

La población de 1930 es 53% femenina en toda la tenencia y casi 60% en el pueblo de San José. La mitad de la gente no llega a los 15 años, y alrededor de 7% pasa los 60. Hay escasez de jóvenes y adultos del sexo masculino; escasez que se refleja poco en las actividades agropecuarias, y nada en las eróticas. La natalidad, siempre al cuidado de doña Trina Lara, sube a un nivel de 44 por millar al año. Las parejas se entregan desenfrenadamente a la recuperación de los años perdidos en la trifulca.⁶⁷ Contra la mortalidad, aparte de don Juan Chávez, se dan de alta Anatolio Partida que vuelve de la cristera con el prestigio de cirujano especialista en extracción de balas y compostura de brazos y piernas rotos, y don David Sánchez que regresa de los Estados Unidos con facultades de médico general, que no con estudios de medicina. Ambos acaparan la mayoría de los enfermos; muy pocos pueden darse el lujo de traer al doctor Sahagún de Sahuayo, o al doctor Maciel de Jiquilpan, y muchos se resignan a untarse o beberse las yerbas que la tradición popular prescribe.

.....

⁶⁷ APSJ, Libro de bautismos, V.

**De oficio
historiador**
se terminó de editar en octubre de 2018
en las oficinas de la Editorial
Universitaria, José Bonifacio Andrada
2679, Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco

Jorge Orendáin
Cuidado editorial

Sol Ortega Ruelas
J. Daniel Zamorano Hernández
Pablo Ontiveros
Diseño y diagramación